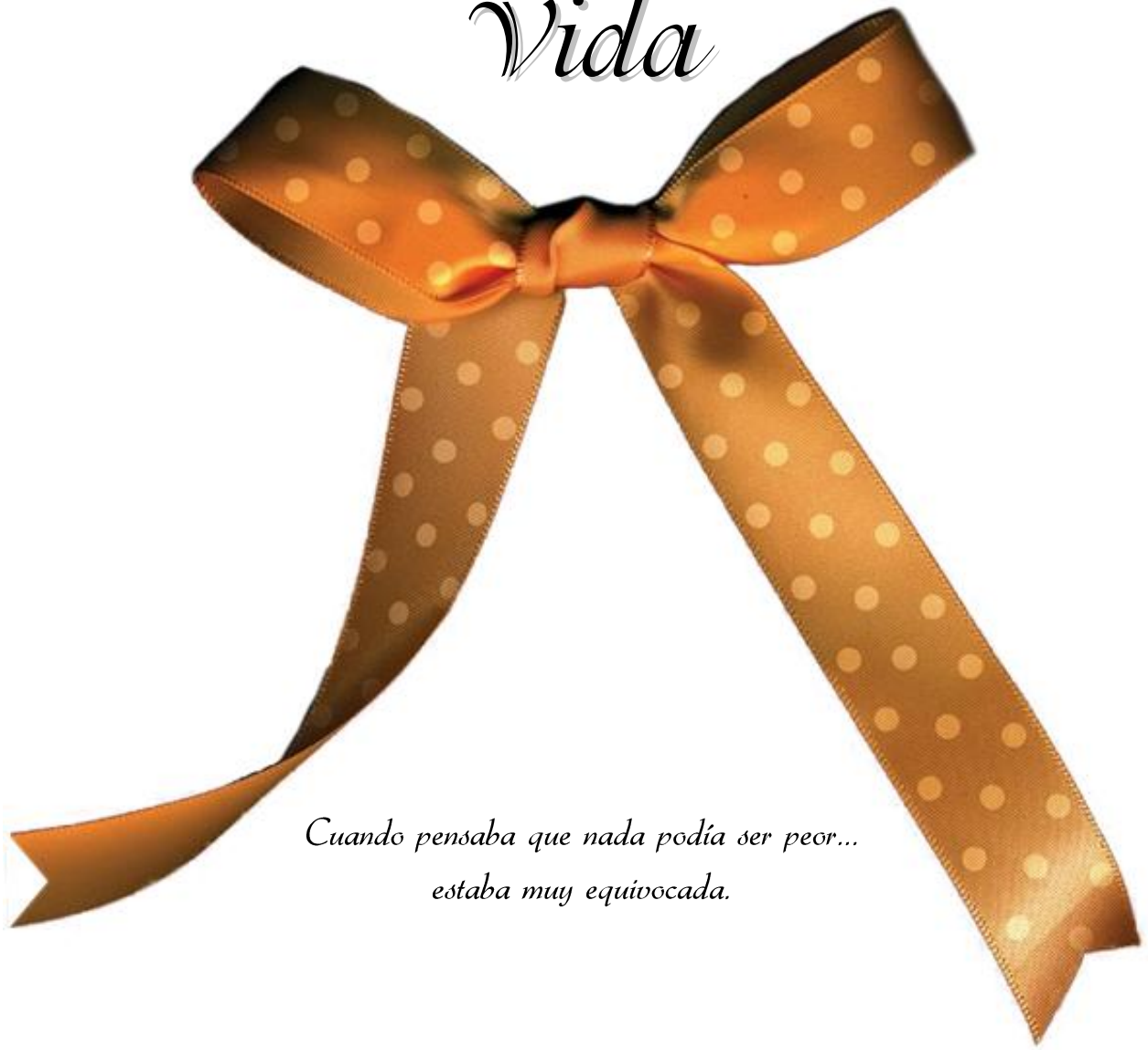


Muerta

en

Vida



*Cuando pensaba que nada podía ser peor...
estaba muy equivocada.*

ELIZABETH SCOTT



Agradecimientos

Moderadora

Sheilita Belikov

Transcriptoras

Angeles Rangel

Anne_Belikov

Emii_Gregori

LizC

luchita_c

majo2340

Mari NC

Marina012

Nanis

Sheilita Belikov

Vlan*

Recopilación y Revisión

Sheilita Belikov

Diseño

Sheilita Belikov





Índice

Sinopsis

Capítulo 1	Capítulo 23	Capítulo 45
Capítulo 2	Capítulo 24	Capítulo 46
Capítulo 3	Capítulo 25	Capítulo 47
Capítulo 4	Capítulo 26	Capítulo 48
Capítulo 5	Capítulo 27	Capítulo 49
Capítulo 6	Capítulo 28	Capítulo 50
Capítulo 7	Capítulo 29	Capítulo 51
Capítulo 8	Capítulo 30	Capítulo 52
Capítulo 9	Capítulo 31	Capítulo 53
Capítulo 10	Capítulo 32	Capítulo 54
Capítulo 11	Capítulo 33	Capítulo 55
Capítulo 12	Capítulo 34	Capítulo 56
Capítulo 13	Capítulo 35	Capítulo 57
Capítulo 14	Capítulo 36	Capítulo 58
Capítulo 15	Capítulo 37	Capítulo 59
Capítulo 16	Capítulo 38	Capítulo 60
Capítulo 17	Capítulo 39	Capítulo 61
Capítulo 18	Capítulo 40	Capítulo 62
Capítulo 19	Capítulo 41	Capítulo 63
Capítulo 20	Capítulo 42	Capítulo 64
Capítulo 21	Capítulo 43	Capítulo 65
Capítulo 22	Capítulo 44	

Sobre la autora



Sinopsis

Transcrito por Sheilita Belikov

Una niña de diez años no regresa de su paseo escolar. El responsable es uno de los seres más repugnantes que haya imaginado autor alguno. Tan despreciable e indignante como algunos que andan por ahí, en la vida real, caminando por las calles, acechando, fraguando y llevando a cabo el crimen perfecto.

La aventura desdichada que padece esta niña nos lleva a reflexionar sobre las más profundas complejidades de nuestra propia parte oscura. Nadie sabe en qué abismo puede llegar a encontrarse que lo lleve a tener que pensar y sentir tal como piensa y siente el propio verdugo.



1

Transcrito por Sheilita Belikov

Las cosas se ven así:

Los departamentos de Shady Pines forman cuatro edificios desvencijados y escondidos en el camino cerca de la carretera, frente a un centro comercial con locales de uñas y una de esas casas de préstamos de las que se anuncian todo el tiempo en la tele. También hay una farmacia y pequeños restaurantes de esos que abren o cierran según anda de humor el dueño.

Shady Pines es agradable para quien no puede pagar un lugar mejor. Las escaleras están viejas y averiadas, pero firmes; las lavadoras siempre funcionan y los encargados del mantenimiento recogen la basura una vez por semana.

Algunas madres salen a sentarse afuera de sus edificios. Descansan en los equipales deshilachados y hablan, unas de otras, mientras los hijos juegan y se corretean. Un perro duerme echado al sol y mueve lentamente la cola cada vez que un niño se acerca o le da una palmada en la cabeza, antes de salir corriendo y dando risotadas.

Hay un hombre en el edificio del fondo, un tipo con un auto; está afuera del vehículo con un montón de piezas regadas en el negro lodazal del estacionamiento. El tipo del auto ha estado aquí desde que te mudaste, pero nunca lo ves, salvo durante los fines de semana soleados, cuando sale a arreglar su coche.

No es que use el carro. Vive solo y siempre está con su coche. Casi nunca habla con nadie. Cada lugar tiene un tipo raro. Por lo menos este tipo del auto es limpio. Puede decirse que está obsesionado con la limpieza. Además, ¿ves cómo suspira cuando el otro hombre, el de la hija silenciosa y desgraciadamente un poco retrasada, se estaciona en ese espacio junto al suyo? ¿Ves cómo observa a la niña bajarse del coche? Es una pequeña delgadita que siempre anda un poco jorobada, como si creyera que es más alta de lo que parece. Se ve que fue educada en casa, por supuesto, por como es, o como te dijeron que era un vez que estabas recibiendo el correo. Ya sabes que no hay secretos aquí, sería imposible, pues todos viven tan cerca unos de otros...



Ella camina lentamente, cruzando el estacionamiento, como arrastrándose detrás del padre, quien espera pacientemente a que llegue a la puerta del edificio y quien la mantiene abierta aunque esté cargando todas las bolsas, para que ella no tenga que empujarla. Ella ni siquiera le da las gracias, ¡faltaba más! Los niños así nunca saben la buena suerte que tienen.



2

Transcrito por Sheilita Belikov

Las cosas son así:

Hace frío en el supermercado. En el pasillo de lácteos, tomaste el yogur; en el pasillo de comida congelada, las cajas llenas de pizza y los grandes botes de helado. También con frío, te bajas de la camioneta, con el pie temblando sobre algo metálico, algo como una pieza de auto tirada en el suelo. No te detienes a ver. Subes las escaleras y escuchas los pasos de Ray tras de ti. Lo escuchas detenerse, sonriendo, frente a la puerta abierta de un departamento. La familia hindú del segundo piso, los niños siempre entrando y saliendo. A veces, por las noches, la televisión suena tan alto que Ray tiene que bajar para tocarles la puerta y decir: ¿podría bajar el volumen, por favor? Muchas gracias.

—¿Te estaba mirando el tipo del estacionamiento? —pregunta Ray cuando entras al departamento, tan pronto como traba la puerta y pone los seguros: uno, dos, tres. Siempre dice que más vale prevenir que lamentar. Sacudes la cabeza como diciendo “no, no”. Aun si hubiera visto algo, no habría sido a ti. Nadie realmente te ve a ti.

Ray acomoda las provisiones: el yogur en el refrigerador y sus sobres de avena en el gabinete arriba del lavatrastes; cinco manzanas, una por cada día para su regreso del trabajo; cinco sopas instantáneas que calentarás por las noches, para la cena, a menos que él traiga algo más a casa. Luego se sienta en el sofá y los hielos tintinean. Ya te has subido la falda hasta la cintura. Tus brazos reposan a los lados con las palmas abiertas. Esperando.

—Bien —dice entonces y se acuesta encima de ti, pesado y pujante, siempre empujando—. Buena chica, Alice.

Después, te dará el agua y el bote de yogur. Se sentará a tu lado tocando tu rodilla. Verán juntos la televisión. Él te dirá que tienes mucha suerte.

—Si —dirás—, lo sé.



3

Transcrito por Sheilita Belikov

Había una vez... cuando yo no vivía en Shady Pines.

Había una vez... cuando mi nombre no era Alice.

Había una vez... cuando yo no sabía que tenía tanta suerte.



4

Transcrito por Sheilita Belikov

Tomo catorce dulces de chocolate y avellana de los que vienen en un papel plateado que cruje cuando los desenvuelves. También me como seis galletas, de esos largos tubos quebradizos rellenos de chocolate; y una cosa de queso esponjada que sabe muy rancio, toda grasosa y amarga, y dos mentas, antes de que esa mujer de la camisa azul cielo venga y me llame.

Me siento cerca de unas mujeres, todas más grandes que yo, que están leyendo una de esas revistas que enseñan cómo cocinar más rápido y tener hijos más felices. Hasta eso, se ven tranquilas.

Ya notaron la montaña de envolturas a mi alrededor y se fijaron en cómo me senté y todo lo que comí mientras ellas ingerían refrescos dietéticos o agua, con sus miradas cautelosas, como si eso las acercara un poco a los dulces al tomar otra revista.

Se dan cuenta de que no pertenezco a este lugar, de que hay algo que no está bien en mí.

Pero no harán nada al respecto.

No dirán ni preguntarán nada.

Nadie lo hace, nadie lo ha hecho.

Nadie nunca lo hará.

—¿Alice? —pregunta de nuevo la mujer de la camisa azul cielo. Entonces me levanto, tragándome el último pedazo de galleta. Harina y azúcar, dulce turrón.

Hay un tapiz de plástico en la pared de enfrente, un plástico corriente y ondulado contra la pared azul, como un océano en negativo, sin agua que pueda hundir a nadie. Puedo verme reflejada en el plástico brillante que me ondula y convierte en una criatura deforme, rara, como si fuera la sombra de algo o alguien.

Me veo mal.



Me veo como muerta.

Pero no lo estoy. Sólo en parte, soy una niña muerta en vida.

Lo he sido durante estos cinco años.



5

Transcrito por Sheilita Belikov

Había una vez... cuando ella era una pequeña niña y vivía en un pueblo a cuatro horas de aquí, en una casa de la calle Daisy Lane. Entonces tenía una madre y un padre, su propio cuarto y una tele y, a veces, si se acababa toda la cena, podía quedarse despierta hasta muy tarde durante los fines de semana, para ver películas.

Tenía un gato y tres excelentes amigos y, además, quería trabajar con delfines cuando fuera grande. Tenía pósters con ellos en las paredes y también el protector de la pantalla de su computadora era un delfín sonriente y con los ojos amables. Todos sus juguetes eran de peluche y la mayoría, quitando los muñecos cursis que le regalaban sus abuelos, delfines.

Un día fue al acuario. Iba vestida de *jeans*, de playera blanca, sin logos ni estampados, con tenis blancos y calcetas blancas. Iba en quinto año y pensó que sus compañeros la dejarían ocupar el asiento de la ventana del autobús escolar, porque faltaban tres días para su cumpleaños.

Pero no fue así y, para colmo, cuando llegaron al acuario, no había ningún delfín. Además, sus amigas se enojaron con ella por no prestarles el brillo para los labios. Era una crema nueva que sabía a vainilla y no quería compartirla.

Le hicieron sentir que era una niña egoísta..., y pagaría por ello.



6

Transcrito por Sheilita Belikov

—¿Día libre de escuela? —me pregunta alguien. Entonces me doy cuenta de que la mujer de la camisa azul cielo se ha ido y me han llevado a una habitación donde se encuentra otra mujer, lista y sonriente.

—No, de pinta —contesto, quitándome la ropa, incluyendo la vieja playera de Ray. Toda yo huelo a él, siempre.

—Yo hacía eso —dice la mujer, sonriendo ahora con más intensidad, como si ambas compartiéramos un secreto importante y eso nos hiciera cómplices. Tiene un lunar en la cara, con dos pelos. Uno pensaría que ella le pondría más atención a algo así.

—Lista —digo, acostada, y la mujer me pide que extienda las piernas.

—¿Quieres quitarlo todo?

Asiento con la cabeza.

Se supone que ella me debe preguntar cuántos años tengo y quizás otras cosas así. Algo. Hay un letrero en la puerta que dice que los menores deben ir con un padre o tutor para que firme por todos los servicios y no se trata precisamente de un local decadente y desesperado por la falta de clientes. Es un lugar muy concurrido, radiante, donde las mujeres esperan y hay una chica cuyo único trabajo es preguntarte si quieres algo de beber. ¿Café? ¿Agua? ¿Refresco de dieta?

Pero no importa. La mujer parada a mi lado no hará ninguna pregunta. Nunca lo hace.

Nadie lo ha hecho.

Nadie lo hará.

Comienza a untar la cera. Me arden los ojos y después se humedecen conforme arranca el vello, desnudando mi piel.



Actualmente se ve bien que las mujeres anden como niñas chiquitas y que no tengan vello entre las piernas. Las mujeres que están en la sala de espera, las que no se atreven a mirarme, para eso vienen a este lugar, para convertirse en criaturas suaves y lampiñas.

Les pulirán y les humedecerán la piel, para que todas puedan pretender que son jóvenes de nuevo.

Todos quieren a los jóvenes.



7

Transcrito por Sheilita Belikov

Había una vez... una niña en un acuario que no quiso compartir su brillo para los labios y, por eso, sus amigas le prohibieron caminar junto a ellas.

Ella se molestó mucho y se siguió de largo para ver a los pingüinos. Aunque no eran delfines se veían bonitos, como en las películas que había visto con sus padres. Sus labios sabían a vainilla. No le encantaba, pero ése era el único sabor disponible y había que aprovechar que su madre estuvo de acuerdo en comprarle brillo para labios por primera vez. ¡Sólo por esa vez! Y había que aprovechar la ocasión.

Extrañaba a sus amigas y, además, se aburrió muy rápido de los pingüinos. Sólo se quedaban ahí parados, como si no estuvieran en su verdadero hogar, como si sus vidas fueran una mentira.

Un hombre le dio un golpecito en el hombro y le dijo que tenía que buscar a su grupo, que estaban viendo una película.

—Y ya empezó —le dijo—. Apúrate.

—¡Oh! —dijo la niña—. ¿Dónde?

—En el auditorio.

La niña lo miró inexpresivamente. No sabía dónde estaba el auditorio. Les habían dado mapas cuando llegaron, pero ni ella ni sus amigas los vieron. Eran rojos, con dibujos de flechitas estúpidas, para mostrarte dónde te encuentras en el momento en que te dan el mapa. ¡Tontos! ¡Como si no supieras dónde estabas!

Los hicieron bolita y los tiraron a la basura. Luego ella no les prestaría su brillo de labios.

Luego se quedó sola.

El hombre suspiró.



—Bien, yo te llevo. Ven conmigo.

La niña sabía que no debía ir a ningún lado con extraños, pero el hombre tenía una camisa azul como las de todos los que trabajan en el acuario y era enojón como la señora que les dio la bienvenida y al mismo tiempo les exigió que guardaran silencio. Era solamente un señor pedante y aburrido, no como esos extraños de los que te advierten, que hablan dulce y asquerosamente al mismo tiempo, diciendo cosas como “ven pequeña, siéntate en mis piernas”, o que te ofrecen dulces o paseos o secretos.

El hombre la llevó afuera, porque su grupo ya estaba en el otro edificio, en el nuevo. Ella ya se había dado cuenta cuando entró y se había preguntado por qué ponían una película en un auditorio y no delfines.

Antes de salir, antes de que dejaran atrás a los pingüinos que seguían ahí parados, haciendo nada, como si ellos fueran los observadores, él le dio una gorra de beisbol para que se la pusiera.

—Todos tienen una —dijo—. La tuya es la única que quedaba, por eso te queda grande. Mejor mete tu cabello en ella, a ver si así se ajusta mejor.

Entonces la niña se aplastó el cabello bajo la gorra para que no se le cayera, y salieron. Al salir, el hombre le dijo algo a la mujer de la puerta.

Los adultos y sus conversaciones aburridas...



8

Transcrito por Sheilita Belikov

—Muy bien, Alice —dice la mujer que me depiló la piel—, puedes levantarte. Ya terminamos.



9

Transcrito por Sheilita Belikov

La niña salió y el hombre la alcanzó en tres pasos. Lo escuchó venir —uno, dos, tres pasos— y suspiró, ansiosa de reencontrar a sus amigas.

—Por aquí —le dijo, y ella lo siguió.

—Perdón, tuve que pararme ahí un momento —dijo él mientras caminaban—. Tuve que preguntarle a la señora de la puerta dónde estaba la tienda de recuerdos. Pensó que eras mi hijo. ¿No te parece chistoso? Para nada pareces un niño.



10

Transcrito por Sheilita Belikov

Había una vez... y entonces, justo en ese momento, se acabó el mundo para esa niña.



11

Transcrito por Sheilita Belikov

—Que tengas un buen día, Alice —me dice la mujer al dejarme ir, haciendo un gesto de adiós con la mano, pero sin mirarme. Tan sólo son tres pasos para dejar atrás la puerta de su pequeño cuarto con su luz y la cera y el dolor y el ardor.

Ray dice que es triste ver cómo las mujeres se esfuerzan tanto por ser jóvenes, por sentir algo que ya han olvidado.

—Uno nunca puede recordar la mejor parte de sí cuando crece, Alice —me dice—. Eso me lo dijo mi madre y es cierto. ¿Entonces qué otra te queda?



12

Transcrito por Sheilita Belikov

Nunca crecer.

Como algo sacado de una historia, quizás.

Intenta decir esto mientras una mano caliente y pesada te pellizca, probando si aún eres lo suficientemente niña.

Intenta decirlo cuando no puedes crecer, cuando estás atrapada para siempre donde alguien más quiere que estés.



13

Transcrito por Sheilita Belikov

Levántate.

Fue lo primero que escuché. Abro los ojos, veo a una niña, cubierta de negro y azul, sangre seca por sus muslos. Manchas cafés y rojas embarradas en la coyuntura entre ellos.

—Levántate y báñate, Alice —dijo el hombre de la camisa azul, y Alice así lo hizo.

Lo hice.

Así nací, lampiña, desnuda y bañada en sangre como todos los bebés.

Nombrada, bañada y luego sacada al mundo.



14

Transcrito por Sheilita Belikov

Pago por mi depilación y espero mi recibo. La mujer que lo imprime me pregunta si quiero dejar propina.

—Ya le di cinco dólares —contesto—. ¿Puede agregar eso a la cuenta?

La mujer frunce el ceño pero escribe algo en su computadora, luego imprime otro recibo.

Me voy y camino hacia la parada de camiones.

En el camino me detengo en una tienda de abarrotes y compro cinco dólares de dulces y *hot dogs*. Dos *hot dogs* con queso y tres barras de caramelo, de ganga. Las etiquetas anaranjadas pegadas en los dulces dicen ¡OFERTA ESPECIAL! Me como todo antes de que llegue el autobús, incluso las barras de caramelo (su chocolate se hizo viejo, manchado de gris), y tiro todas las envolturas.

Les paso un tip: no dejen ninguna evidencia detrás de ustedes.



15

Transcrito por Sheilita Belikov

Había una vez... una niña que vivía en el número 623 de la calle Daisy Lane y desapareció. Los policías interrogaron a todo mundo, incluso a la señora que recordó haber hablado con un hombre cuyo hijo se había perdido en el estacionamiento. Ella lo recordaba porque él le había preguntado dónde estaba la tienda de recuerdos y después le dio las gracias muy amablemente.

—¡Ya nadie da las gracias! —le dijo al policía.

—Sí, es cierto, ya nadie agradece nada.

Ray me dejó verla decir eso en la televisión, luego la apagó y me sonrió.



16

Transcrito por majo2340

Regreso a casa a las cinco, después de que Ray llegue. Él trabaja de siete a cuatro, todos los días, y tiene una hora para comer. Carga camiones en un almacén, embarca muebles listos para armarse, de los que traen instrucciones ilustradas y cientos de tornillos. Todos nuestros muebles son de ahí y todos cojean de un lado porque son artículos de segunda de la fábrica.

Errores.

Mis manos tiemblan conforme cierro la puerta al entrar:

—¿Qué pasó contigo? —me dice Ray. Viene comiendo una manzana. Cronch, cronch, cronch.

—Se descompuso el autobús y tuvimos que esperar —me siento en la mesa de la cocina para ser juzgada.

—¿Qué autobús?

—El 75.

Él llama a la compañía de autobuses. Lo veo tirar su manzana, que todavía tiene pulpa, rica y blanca alrededor del pequeño centro. Estoy tan nerviosa que ni se me ocurre comérmela. También, por primera vez, no tengo hambre.

¡Y no me he lavado los dientes! Oleré a comida.

Y Ray se dará cuenta al olerme.

Veo el cuchillo en la barra de la cocina y lo imagino en mi pecho.

No creo que mi corazón se tarde mucho en dejar de latir.

—Muy bien, gracias —cuelga el teléfono y me mira—. Me alegra que no hayas mentido acerca del autobús, Alice.



Asiento con la cabeza. Lo veo de frente.

¿Sabrá sobre la comida?

—¿Tienes el recibo?

Lo saco de mi bolsa y se lo doy. Lo mira y después lo tira a la basura.

—¿Tienes hambre?

Asiento con la cabeza.

¿Sabrá sobre la comida?

Abre el refrigerador. Es lo más ruidoso del departamento, rechina, como si luchara por mantenerse frío.

—Sabes lo que pasaría si me mintieras, ¿verdad?

—Sí.

—Bien —me dice, y me pasa un bote de yogur. La tapa indica que es el mejor almuerzo para niños, y añade—: Porque odiaría salirme del trabajo para ir al 623 de la calle Daisy Lane y esperar que todos lleguen a casa y... hacerme cargo del asunto. Helen y Glen tienen nuevos trabajos. ¿Sabes? ¿Quieres saber dónde trabajan?

Niego moviendo la cabeza. Abro el yogur. Ray no me da una cuchara, así que uso los dedos. Mi aliento olerá bien ahora.

—No me gustaría que llegaran a casa y me encontraran ahí, esperándolos —amenaza—. No me gustaría que tus padres murieran por tu culpa.

—No te mentí sobre el autobús —le digo.

—Lo sé, tontita, mi niña —dice afectuosamente, mientras se levanta, se quita el cinturón y abre su pantalón—. Ven aquí y dame un beso.

Me levanto y voy hacia él. Me frunce el ceño y yo me recargo apenas sobre su hombro.



—Alice, mi pequeña —dice, besándome en la mejilla.

Luego me pone de rodillas.

Cuando termina, tira el resto de mi yogur.

—Se echa a perder tan rápido... —dice—. No querría que te enfermaras. Vamos a ver la tele.

Y vamos. Él se toma una cerveza y pide una pizza, y me sienta en sus rodillas, mientras pasan el programa que odia. Otra vez tengo hambre, pienso en comida: *hot dogs*, dulces, orillas de pizzas dentro de la caja que está en el piso.

A Ray le gusta lo suavecita que estoy, lo tierna que se ve mi piel. Quema cuando el termina de tocarla.

—Mañana no habrá desayuno —me dice—. ¡Creo que pesas más de cien libras! Eso es inaceptable...

A la hora de acostarse, él arruga sus sábanas. Tenemos un departamento con dos recámaras, porque somos padre e hija, y él quiere cuidarme, quiere que tenga mi propia recámara como otras niñas. Luego él se arrastra hasta mi pequeña cama. Mis sábanas tienen imágenes de princesas de caricaturas, con un ribete rosado y un edredón que hace juego.

—Te amo —me dice antes de quedarse dormido. Estoy tan hambrienta que me duele la cabeza, haciéndome sentir lenta, y él me pellizca los muslos muy fuerte.

—Yo también te amo —le digo, pero ya es muy tarde y me ha sometido, jadeando fuertemente.

—Demuéstralo —me dice—. Demuéstralo.

Y lo hago.



17

Transcrito por majo2340

Ray se levanta a las seis. Se baña y se viste. Silba mientras se rasura. Escucho el traqueteo del refrigerador y cuento su ritmo sibilante. Uno, dos, tres..., cuatro; uno, dos, tres..., cuatro; uno, dos, tres..., cuatro.

Una vez Ray quiso enseñarme a silbar, en uno de sus mejores días, pero nunca pude. Dijo que de todas formas me amaba.

¡Qué suerte tengo!

—Hoy no hay desayuno, ¿recuerdas? —dice, sentándose junto a mí en la cama: una mano paternal en mi frente, mientras la otra me manosea por debajo. Sigue así hasta que empieza a sudar, pequeñas gotas de sudar se juntan en su frente y luego se levanta.

Cada domingo vamos a la Iglesia Liberación. Ray cree en Dios y en ver a todas las niñas en sus vestidos de domingo, lazos y moños y calcetas con cintas.

El día que resulté ya muy alta para usar un vestido blanco con mangas cortas y bombachas y pequeñas alforzas en el pecho, llenó de agua toda la tarja del lavatrastos y hundió mi cabeza en ella.

Entonces tenía trece años y, cuando traté de escabullirme, con los pulmones quemándome y la cabeza nublada, me levantó y me abofeteó tan fuerte que se me hincho el lado derecho de la cara con la marca de su mano, desde la quijada hasta la frente. No pude salir en una semana.

Nadie me extrañó.

Dos días después, cuando todavía estaba inflamado mi rostro, Ray llegó a casa con un rizo del cabello de mi madre. Y no me diría cómo lo obtuvo, aunque me arrastrara hasta sus pies, subiendo hasta su regazo y, lo que más le gusta, rogándole.

Solamente dijo:



—Yo decido todo. No lo olvides.

Dios y monstruo, ambos en uno, y yo... a alabarlo.

Le digo que tenga un buen día antes de que salga de mi cuarto y regresa orgulloso, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me veo bien, ¿no?

Asiento con la cabeza. Se ve como Ray, Eso es todo, no hay palabras para describir cómo lo veo yo.

Y se va silbando de nuevo.

Cierro los ojos.

Muchas mujeres de la Iglesia Liberación piensan que Ray es atractivo, con esa cabellera ondulada y su ropa siempre impecable y bien planchada. Y les gusta que sea estricto conmigo. Eso dicen cuando hablan con él. Entretanto, su mano descansa en mi hombro, como diciendo: "recuerda lo que haré si intentas dejarme, recuerda a quien le perteneces". Los ojos de esas mujeres brillan de esperanza. Quieren que alguien las proteja y creen que Ray podría hacerlo.

Camino a casa, él se burla de todas ellas, se burla de lo viejas y triste que son.

—No como yo —dice, mientras posa su mano en mi rodilla—, ni como tú.



18

Transcrito por majo2340

Cada tanto, me levanto de la cama y voy al baño. No tenemos tina, solamente regadera, pero a mí no me importa. Entonces me cepillo los dientes, tragándome la pasta de dientes en lugar de escupirla. He escuchado que puede ser venenoso, pero creo que sólo en caso de que seas muy pequeña.

Ahora tengo quince años y tengo esperanzas de que Ray se harte de mí. Ya no soy una niña de rodillas huesudas y ojos asustados. Ahora soy casi tan alta como él en su licencia dice que mide 1.70 m. Le gusta esa foto. Dice que solamente él tiene una buena foto en su licencia.

Tengo quince años y me he estirado, no peso más de 45 kg. Nunca puedo pesar más que eso. Así mis pechos siguen siendo pequeños, mis caderas angostas y mis muslos del tamaño que a Ray le gusta.

Tengo quince años y estoy acabada, cansada de todo.

Tengo quince años y creo que pronto me dejará ir.



19

Transcrito por Emii Gregori

Hubo una vez... otra Alice antes de mí.

Ray la dejó ir cuando cumplió quince años.

La llevó a su casa, a donde estaba cuando era otra niña, de regreso a su antes de...

Y su cuerpo fue encontrado en un río, flotando corriente abajo, muy cerca, a un kilómetro y medio de su casa.

Ray acostumbra contarme esta historia con frecuencia, abrazándome y añadiendo:

—Pero estaré pendiente de que eso no te pase a ti. Yo te cuidaré. Simplemente tienes que ser buena. Ser mi pequeña por siempre. Sí puedes hacer eso, ¿no?

Tengo quince años y temo que Ray me matará pronto.

Podría correr, pero él me encontraría. Me llevaría de regreso a Daisy Lane y se aseguraría de que todos ahí paguen por eso.

Incluso si no me encontrara los haría pagar por eso. Por eso le pertenezco. Soy su niña.

Y solamente tengo que ser buena.



20

Transcrito por Emii_Gregori

Éste es mi día:

Después de comerme la pasta de dientes, voy a la sala y veo la tele. La programación de la mañana es aburrida, puras malas noticias e infomerciales, pero a las nueve comienza un programa de entrevistas. Entonces me recuesto en el sofá y veo el techo.

A veces, por las tardes, si las telenovelas no están buenas, veo todas las películas de mujeres enojadas y aterradas que se defienden de algo horrible o de adolescentes que sufren intensamente pero lo superan. Siempre hay escenas donde salen en la regadera mujeres limpiando su abuso o su dolor.

No lo entiendo. Una no puede limpiarse así nomás. Además, la piel recién lavada llama la atención. Ray me obliga a bañarme una vez por semana, por eso odio salir del baño. Odio saber que me está esperando, que va a frotar sus manos y todo su cuerpo contra el mío y que va a decirme cosas. Al principio, sus manos me hacían llorar, pero ya estoy acostumbrada.

La cosa es que una se acostumbra a todo. Piensas que no puedes, que te quieres morir, que vas a morir, pero no es así, solamente te acostumbras, aunque algo sí se muere.

Hoy huelo a Ray —normal...— y un poco a la cerca de ayer. Me pica la cabeza, me rasco hasta que la parte interna de las uñas se me pone roja por la sangre. Lanzo los pedacitos de costra y piel muerta al suelo, me levanto y tomo mis pastillas. Ray no quiere que me salgan barros ni que me baje la regla, así que me hace tomarme pastillas para eso todos los días. La de los barros me reseca la piel y la hace sensible al sol. La otra detiene mi período, sólo eso, y, aunque los anuncios de la tele dicen que nada más te alivian los cólicos, a mí nunca me llega.

Ni le pregunto por qué a Ray.

Menstrué solamente una vez, el año pasado, y Ray se enojó tanto que tomó un cuchillo y me sentó en una silla en una esquina de la sala. Así me miró por mucho,



mucho tiempo. Luego me amarró a la silla y me dejó ahí hasta que paró el sangrado. No me hablaba, ni me miraba.

Agua y comida una vez al día. Apenas me dejaba ir al baño una vez de día y una vez de noche. De pronto, me paré. Corrió un hilito de sangre por mi pierna y cayó una gota en la alfombra: él vomitó.

Luego me echó eso en cara.

Cuando paró el sangrado, me obligó a tallarme, a tallar la silla, la alfombra y todo alrededor. Luego tiró la silla a la basura y me dio las pastillas.

—Podemos resolver eso —dijo, y me acurrucó en sus brazos, mientras mis piernas se acalambraban por tenerlas tan encogidas para caber en su regazo—. Eres mi Alice. Eres mi niña. Eres todo lo que siempre he querido.



21

Transcrito por Emi Gregori

Ray tenía diecinueve años cuando conoció a la otra Alice, a la anterior a mí. Ella tenía ocho. Aún conserva todos los recortes del periódico: de cuando la policía encontró su cuerpo, de su funeral y de todas las noticias que le siguieron. A veces, cuando los lee, acaricia la foto que sale en el artículo, una foto en blanco y negro de una niña perdida, y llora...

Llora y dice que lo lamenta, que lo lamenta mucho, y me pregunta si lo perdono, con la cabeza hendida en mi vientre, y siento su aliento en mi muslo.

Digo que sí, por ella. Digo que sí y empiezo a calcular cuántos días faltan para que yo tenga quince años.

Entonces él se me abalanzaba.

Ahora es aquí. Esos días ya pasaron y no me queda más que preguntarme qué es lo que está esperando.



22

Transcrito por Emi Gregori

Hoy es un buen día para los programas de entrevistas. Me siento y veo a la gente llorar y pelear por quién fue el padre del niño y explicando por qué aman a sus primos y cómo es que sus madres se visten como putas. ¡El público se emociona tanto, se ponen tan felices con toda esa miseria!

Algunas veces los programas invitan a mujeres más grandes que tienen la mirada perdida y lloran por haber sido violadas cuando eran jóvenes. Ellas mencionan a sus Rays y gritan. El conductor les da unas palmaditas en los hombros o les da un breve abrazo con una brazo diciendo cosas como “Pero sobreviviste y eso es lo que cuenta. Y eres fuerte”. Luego les preguntarán por qué no se atrevieron a decirle algo a alguien.

¿Por qué no hablaste con alguien?

¿Por qué no pediste ayuda?

¿Por qué no lo dejaste?

¿Por qué no te quisiste lo suficiente como para escapar?

Normalmente las mujeres se desmoronan, rompen su coraza y se convierten en temblorosas niñas muertas en vida, atrapadas. Pocas dirán que nadie escucha, que la gente no lo quiere ver y que, si intentas algo, lo que sea, serán otras personas las que sufrirán las consecuencias y te sientes responsable por ellas.

La audiencia siempre abuchea y dice:

—Debiste haber dicho algo.

—Debiste defenderte.

—Debiste saber que nadie tiene tanto poder para hacer algo así.

—Debiste imponerte.



—No debiste haber sido tan estúpida.

Las mujeres aceptan y gimotean. Siguen rotas. Siguen estando de acuerdo con lo que sea que los demás quieran. Aún las que intentan explicar terminan con las manos dobladas en sus regazos.

Niña siempre dispuesta a decir que lo lamenta.

Toda la culpa, siempre.



23

Transcrito por Emi Gregori

La cuestión es si una puede tener esa clase de poder. Y todos los que están en el auditorio lo saben. Por eso gritan: ¡Debiste haber hecho tal!

Ellos también tienen poder.

Quisiera verlos cuando los despojan. Quisiera ver qué harían aquí.



24

Transcrito por Anne_Belikov

Después empiezan los más aburridos programas de entrevistas, donde invitan a celebridades de dientes brillantes y músicos que juran que sus canciones son de corazón. Entonces me asomo por la ventana y veo el estacionamiento vacío. Todos los que viven en los edificios de Shady Pines trabajan. Todos tienen trabajos demandantes, con días largos, y regresan a casa abatidos. En los cinco años que llevo aquí, sólo tres personas se han aprendido mi nombre y dos son muchachos, versiones de Ray, más jóvenes y más leves, huevos que aún no se han podrido. Ambos me dijeron que podía visitarlos en sus casas cuando quisiera.

El tercero es una mujer vieja, jorobada y arrugada, que caminaba con un bastón. Me dijo que debería estar en la escuela y me preguntó qué era lo que estudiaba cuando supo que mi padre me daba clases en casa. La vieja a veces se hacía en sus calzones y tenía una hija, con cara furiosa y angustiada, que vino y se la llevó tres meses después de haberse mudado.

Cuando se fue la anciana, le dijo a Ray que era una abominación, pero también se lo dijo al cartero y a los tres niños que jugaban en la banqueta. Su departamento lo rentó una familia hindú: un hombre, una mujer y cuatro niñitas. Pensé que a Ray le gustaban esas niñas, pero dijo que eran feas, morenas y con los dientes chuecos.

A veces las veo en el recibidor y ellas nunca me miran. Para ellas, soy la apestosa y rara, la chica de pelo sucio que nunca va a la escuela y se roba las sobras de comida que los demás apenas han probado y que dejan en el cuarto de lavado del sótano.

Ellos saben que algo anda mal conmigo y se alejan.

Así puedo comer mi almuerzo y algo de yogur, mientras pasan la telenovela, lamiendo la cuchara cuidadosamente, en pequeños y lentos bocados, mientras Storm padece por estar enamorada, mientras Dessen crispera los vidrios porque Emily le ha roto el corazón al fugarse con su hermano, y mientras la sabia tía Marge, muy perturbada, toma las manos de Henna y le dice que Craig tarde o temprano se dará cuenta de que la ama, que sólo necesita tiempo. Antes, Craig estaba con Emily, pero ahora ama a Henna y al parecer después amaré a Susan.



Ahora nada más es una niña, pero en seis meses cumplirá veinte años y será una doctora o una abogada y jurará que lo odia justo antes de besarlo.

Amo las telenovelas. Si yo viviera en un pueblo como Ridgefield, la tía Marge me llamaría y me invitaría a pasar, y llamaría a su hija o hijo, que sería un policía o un abogado, y ellos me rescatarían y viviría con ellos, y sus hijos no me querrían al principio, pero terminarían amándome después de haberlos salvado de ahogarse o quemarse, y nunca tendría que comer o sentir hambre.

Y siempre me escucharían.



25

Transcrito por Anne_Belikov

A las 4:30, cuando llega Ray, le sirvo un vaso de leche. Él no toma alcohol. Su madre le dijo que es pecado. Luego le doy un masaje en los pies y en la espalda, mientras ve el programa del juez que sigue después de las noticias.

Le gusta ver al Juez Hammer, un juez militar que grita, cuando la gente llora durante sus veredictos: ¡La justicia duele! El caso de hoy se trata de un hombre que acusa a su ex novia, pues, según él, le debe dinero y se robó su auto. Hammer se dirige a la ex novia, quien está masticando chicle y se inclina hacia el frente, para que la cámara pueda hacer la toma bajo su playera, para que valga la pena, y Ray dice:

—Que tontería. Cualquiera se da cuenta de que el tipo está mintiendo.

Yo nada más asiento con la cabeza. Ray cree que a los niños se les debe cuidar, no escuchar, como su madre le enseñó, y suspira, se rasca la panza y sigue:

—¿Viste cómo no deja de parpadear? Clásica señal. Sabes, yo fui al funeral de Alice y hablé con sus padres y les dije que me habría gustado saber por qué huyó todos esos años. Ellos nunca se dieron cuenta de que estuvo conmigo porque yo no parpadeaba así. ¡Ellos no tenían ni idea de cuánto me amaba! —suspira—. ¡De cuánto la amaba!

Entonces me acaricia el pelo.

—Ella nunca fue tan buena como tú.

Presiono mis manos en los pies de Ray y me quedo viendo las franjas amarillas de sus calcetines. He visto demasiada televisión para saber que Ray ha perdido algo más que su alma. Es como si lo ves y sabes que estás viendo a determinada persona, pero si lo vieras de cerca, con cuidado, descubrirías que no es así. Bajo su piel no sólo está hueco, está podrido.

—Aunque tú estás muy alta —dice, frunciendo el ceño, y me quita las manos de sus pies, jalándome hacia él. Presiona con sus manos en mi cuello—, muy alta y



quieres dejarme, ¿no es así? Huirías en cualquier momento si lo permitiera. No te importaría si alguien en Daisy Lane muriera por tu culpa. ¡Eres tan egoísta!

—No, no me quiero ir —contesto, forzando las palabras mientras se me nubla el mundo—, quiero quedarme contigo.

—Mentirosa —me aprieta más fuerte—, siempre dices eso y después llego un día y tengo que buscarte, o te encuentro hablando con personas, tal vez contándoles tus historias —se enoja y sigue—. Mi madre odiaba que contara historias. ¿Y sabes qué me hacía?

No puedo respirar, pero no es por eso que afloja un poco sus manos. Me suelta para que pueda mover la cabeza, porque sabe que lo haré. No soy fuerte. No puedo detenerlo, ni siquiera calmarlo. Sólo puedo esperar a que se canse de mí, que me deje morir y siga su camino.

—Me castigaba —me dice—, me sometía y me decía que todo lo que pensábamos era pecado. Que éramos sólo pecado y nada más —escupe estas últimas palabras, como si las degustara o las rumiara; luego me toca el cabello, pasa sus puños debajo de mi camisa y me pellizca el pezón.

—¿Acaso vas a ser ese tipo de madre?

—No.

Ray nunca se ha atrevido a decir eso, pero lo sé, porque lo escucho mientras habla dormido y dice que su madre hizo con él lo mismo que hace conmigo. Lo sometió, lo frotó hasta dejar la carne viva, lo desgarró. En sus sueños, llora tristemente y ruega para que ella no lo toque. Dice que él no quiere penetrarla, dice que es un buen chico, que en verdad lo es.

Dejo que Ray tenga sus pesadillas, lo veo revolcarse y escucho su voz gemir temerosa. Me acuesto y lo veo y quisiera que se quedara atrapado en su sueño, con ella, y que nunca fuera liberado.

Pero su madre murió cuando él tenía dieciocho años, murió quemada por quedarse dormida con un cigarro. Ray cobró el cheque del seguro de la escuela católica en la que trabajaba como secretaria y se mudó lejos.

Justo un año después, conoció a su primera Alice.



Su madre nunca fumó, “pero era una mujer muy reservada”, me ha dicho, “tanto, que la gente asumía que guardaba un secreto. Era de ese tipo de mujer”.

—No me estás escuchando —me dice Ray y sus manos presionan de nuevo mi cuello—, y sabes que debes escucharme cuando te hablo —me tira al piso y me jala los pantalones.

Me quedo viendo el techo mientras suda y arremete. El aire duele al paso de mi garganta hasta los pulmones. Hasta que me jala del pelo y dice:

—Ya sé lo que voy a hacer. Lo que va a cambiar.

Entonces arremete más fuerte y azota mi cabeza contra el suelo, hasta que veo brillante y turbio y hay jirones de mi pelo enredados en su mano.

Pienso en el cuchillo de la cocina, en los puentes que he visto desde el autobús de camino a la iglesia o al supermercado. Ray y yo vamos cada sábado por la mañana. Ray se les queda viendo a las niñas y yo a la comida. Siento el corazón colapsarse.

Pronto terminará, finalmente, pero el problema del corazón es que siempre quiere seguir latiendo.

Quiere seguir latiendo y, cuando Ray termina, me dice:

—Eso me gusta. Una familia. Serás una buena madre, ¿no? ¿Me dejarás cuidar de nuestra hija? ¿Me ayudarás a enseñarle todo lo que necesita saber?

—¿Una hija? —entre todos los sueños que he tenido, sueños cortos, sangrientos, que terminan conmigo flotando libremente, nunca había soñado esto.

Él tiembla dentro de mí, sonriendo agudamente:

—Ella será muy mala en un principio, llorando y quejándose, incluso gritando —pasa los dedos por mi cabello—; tú lloraste, ¿recuerdas? Gritaste, y ahora mírate, más feliz no puedes ser.

Afirmo con la cabeza tan adormecida como mi cuerpo. No me va a dejar ir. Quiere que me quede. Quiere que encuentre una niña para él.

Para nosotros.



No puede decirlo en serio. Le encontraré una, una pequeña hermosa tan tonta como la niña de Daisy Lane y se la traeré. Él la querrá, con sus pequeños miembros, carita feliz y carne firme y fresca.

Se convertirá en la nueva Alice y la querrá tanto que se olvidará de mí. Me matará para darle una lección, probablemente, y luego seguirá. Claro, eso es lo que va a pasar.

Lo que debe pasar.

—Te ayudaré —le digo—, encontraré lo que necesitas —me besa la mejilla y se quita de encima, moviéndome para levantarme.

—¡Ésa es mi niña!

No por mucho tiempo, pienso. Me agacho. Me llevo los dedos hasta mi boca enjuta.

—Ya veo —dice Ray, y me jala de la quijada. Me mira—. Ya veo esa sonrisa. Quieres ayudarme, ¿no? Quieres enseñarle a nuestra pequeña todo lo que me gusta.

Afirmo con la cabeza y me somete de nuevo, olvidándose de la cena y sus fantasías de la niña por llegar. Esta nueva niña. Esta nueva yo.



26

Transcrito por Marina012

Al día siguiente me deja salir por la tarde.

Ray me da dinero para el pasaje del autobús y me dice el nombre del parque al que quiere que vaya a investigar. Está cerca de Shady Pines, pero no tanto. En su camioneta el viaje es corto, pero si vas en autobús es bastante largo. Me dice que recuerde todo lo que vea.

Llego al parque, después de tomar dos autobuses, y me sorprendo de tanta gente que hay. Hay tantas chicas, y tan jóvenes... Nunca podré recordar todo lo que estoy viendo, pero busco una banca donde sentarme y escojo una que tiene bolsas y mochilas apiladas a un lado. Veo a los niños correr hacia ellas y sacar sus almuerzos y sus refrescos, regando moronas por todos lados.

Intento concentrarme, pero el mundo me da vueltas, me mareo y pienso en lo que voy a encontrar ahí: el trofeo de Ray. La nueva yo.

Debe ser perfecta, para que él se olvide de todo. Por lo menos para que se olvide de mí.

Retomo el aliento para desacelerar al mundo que me da vueltas y veo.

Observo y miro a esa niña de por ahí, otra por acá y una más allá. Tomo un cuaderno y un lápiz que encuentro a la mano.

La primera niña es rubia y un poco gordita, se chupa el dedo. A Ray le gustaría enseñarla a no hacer eso. Cuidadosamente escribo "rubia" y "dedo".

Aunque tiene una especie de cuidadora, o quizás sea su madre, que trae un paquete envuelto en papel aluminio. La niña lo avienta, enojada. A Ray no le va a gustar que la madre o cuidadora anden merodeando. Aun así, la gente puede distraerse. Además, a Ray no le gusta que se desperdicie la comida.

Las otras dos niñas tienen el pelo negro, como yo, y ambas están solas. A lo mejor las dejó un hermano o una hermana mayor que tenía que "cuidarlas" o, tal vez, las niñas prometieron irse derechito a su casa después de la escuela, pero vinieron



aquí. Ellas, más que jugar, se paran hurañas a ver a los otros. Yo diría que gritan y patean. A Ray eso no le gustaría mucho. Escribo: "gritan y patean, 2" y luego me siento con la cabeza viendo hacia el sol. No me dan ganas de cerrar los ojos.

—¿Y mi cuaderno? ¿No viste mi cuaderno?

Parpadeo, el destello se va y todavía insolada veo a una niña parada frente a mí. ¿Seis, siete, ocho años? No importa, es muy niña.

Infantil, cabello castaño claro y pulcramente limpia y brillante: ni un rastro de polvo en su pequeña camisa blanca o en su faldita rosa de florecitas sonrientes.

—¿Tu cuaderno?

—Es verde y tiene una rana —dice—. Fui a los columpios y ahora ya no está aquí.

—Pues no está —le digo, y presiono mis dedos sobre la portada del cuaderno pegándolo a mi pecho—, seguramente alguien debió tomarlo.

—¿Y mi lápiz...?

—¿Tu lápiz?

La niña suspira y se sienta.

—Era mi favorito, mi papá me lo regaló el día de mi cumpleaños.

—¡Oh! —le contesto, mientras rompo el lápiz por la mitad, sonriendo, en tanto caen los pedazos al suelo, bajo la banca en la que estamos sentadas.

—No me caes bien —dice la niña de repente—. ¡Y no eres buena!

Se levanta y se va hacia los columpios. Me agacho y tomo un pedazo del lápiz. Escribo "ALICE" con grandes letras en una hoja. Luego la arranco y dejo el resto del cuaderno y la mitad del lápiz en la banca.

He encontrado a la nueva niña de Ray. He encontrado a la nueva yo.

Pienso en ella durante todo el camino a casa, en cómo va a llorar y gritar y rogar, como yo lo hice.



Me río.

Todos los que me ven sonreír en el autobús se voltean. Se dan cuenta de que estoy completamente mal, de que mi sonrisa significa dolor de otro.

Pero nadie dice nada.

Nunca dicen nada.



27

Transcrito por Marina012

Tres lecciones de vida:

1. Nadie te verá.
2. Nadie dirá nada.
3. Nadie va a salvarte.

Sé lo que dicen todas las historias que comienzan con "Había una vez...", pero mienten.

Ésos son cuentos, ¿sabes? Mentiras.

Mira nada más, cuatro lecciones de vida. Ahora estás en deuda conmigo.



28

Transcrito por Marina012

Ya en casa, Ray está cansado y de malas, y hace que me pare en la báscula tres veces antes de poder cenar. Le doy lo que escribí, la hoja dice ALICE, antes de que me dé mi yogur, y en el momento creo que me lo va a quitar pero no lo hace.

—No sabes escribir nada que sirva —es todo lo que dice—. ¡Qué bueno que estoy yo para cuidarte!

Me trago una cucharada de yogur y pido un vaso de agua. Ray no dejará que vaya por él, me lo trae, haciendo que me levante para que él pueda sentarse en ese lugar.

—Cuéntame de ellas —dice, tirando el papel que le di y palmeando sus piernas, como indicando que me siente en ellas, que me acurruque con él. Y así lo hago.

Sus manos aprietan fuertemente mis brazos, antes de que siquiera pueda terminar de describirle a la primera. Ni siquiera puedo terminarme el yogur. Luego deja que me coma las sobras quemadas de su cena instantánea, mientras él mira atento a dos doctores en la tele, que discuten sobre cómo hay que tratar a un niño moribundo.

—Cuéntame de ellas otra vez —me dice, cuando ya están todas las luces apagadas; todas, menos la lámpara de hadita que puso en la pared de mi cuarto, la que está moviendo su varita mágica para esparcir su luz rosa por mi cuarto.

Me la imagino derritiéndose, con luz verdadera saliendo de ella, destellante, y a Ray roncando mientras se incendia todo, despertando cuando ya es muy tarde. Ése sí que sería un cuento de hadas

—Bonitas —le digo a Ray—. Eran muy bonitas.

—¿Qué traían puesto?

Invento vestuarios, vestidos de olanes con fajillas y pequeñas calcetas dobladas con cintillas, metidas en zapatitos delicados. Así fue como me vistió por varios



años, hasta que los vestidos se rompían en las caderas y en los pechos, hasta que mis brazos se ponían morados de tanto que apretaban las mangas.

—Quisiera tenerlas a todas —dice—, pero no hay que ser codicioso. Ser codicioso es malo. Como tú, que en la noche te comiste esa carne. ¿Pensaste que no me daría cuenta?

—¿Yo...? —intento decir, y luego me detengo y sigo fingiendo demencia y contando todos esos detalles sobre las niñas, olvidando que ninguna de ellas estaba aún ahí, que sólo es a una a quien puede todavía encajarle las garras.

—Puedes inventarlo —susurra un fantasma que parece tan real dentro de mis oídos. Las manos calientes me aprietan muy fuerte, pero solamente donde la gente no puede verlo.

Y aun si él decorara mi cuello con un aro de huellas y me botaba a la calle, nadie lo notaría, nadie diría nada. No en Shady Pines, donde todos están ocupados trabajando para alimentar a sus hijos y para apenas poder pagar sus deudas. No lo notarían en ningún lado, porque soy nadie, soy invisible.

Aprendí eso por las malas.



29

Transcrito por Marina012

No recuerdo mi primera semana con Ray. Durante esos días, cuando me estaba convirtiendo en Alice. Solamente me acuerdo de una cosa, algo que me demostró cómo todo lo que él decía era verdad: que nadie me querría de regreso, que estaba obligada a quedarme con él; que si no ponía atención a lo que él decía, algo muy malo sucedería.

En algún momento desperté toda adolorida y lastimada. Ray estaba dormido, roncando encima de mí. Me sacudí como un pescado recién sacado del río y me deslicé por debajo de él, tirando un montón de ropa que había quedado amontonada sobre la mesa: ro-pa-de-niña-con bri-llo-de-la-bios-sabor-vainilla; ro-pa-de-niña-que-sa-be-que-no-pue-de-sa-lir-des-nu-da.

Ropa de niña normal.

Había una puerta en la habitación y la abrí. Salí al estacionamiento alumbrado por una luz débil y parpadeante, con un letrero borroso que decía: MOTEL RUTA 40 "DISPONIBLES TARIFAS SEMANALES".

Al otro lado de la calle había una estación de gasolina, de las que tienen una tienda con gente y comida.

No me esperé a cruzar. Corrí. Corrí tan rápido como pude, directo a los letreros que anunciaban: "¡REFRESCOS: 2 x \$2.00!" Y "¡HOT DOGS: AHORA CON SALSAS GRATIS!"

No había coches, pero adentro había una mujer sentada detrás de una gran lona de plástico, mascando chicle y viendo la tele. Tenía el cabello negro y, tan pronto como la vi, comencé a llorar.

Ella se asomó y esperé a que se levantara. A que viniera a salvarme. Pero todo lo que dijo fue:

—No puedes entrar sin zapatos, nadie puede hacerlo, ni siquiera los niños. ¿Tú, calzas pantuflas del ocho?



—Claro —dijo Ray, y enganchó mi brazo con una mano. Lloré más fuerte. Las palabras comenzaron a salir, levantando la voz, al ver que ella no me escuchaba, que no veía lo que realmente estaba pasando.

Ray se agachó y susurró enojado:

—Cállate o iré a tu casa, pero no a llevarte de regreso, sino para matar a tus padres y ya verás de qué soy capaz. Verás lo que le pasa a las niñas que no ponen atención a lo que se les advierte.

No quería que mis padres murieran y ya sabía que Ray los mataría. Sabía que podía y puede mentir sobre cualquier cosa:

—Si no te mueves, no te lastimaré. Dime dónde vives y te juro que te llevaré a casa. Ser bueno es divertido y tú quieres ser buena, ¿verdad? —pero también sabía que mentía acerca de eso.

Luego me llevó a su auto. Entonces tenía otro coche, uno blanco con un asiento trasero muy angosto, que aún puedo ver con los ojos abiertos. Hasta la fecha, cuando la gente que sale en la tele se retuerce y hace cosas en los asientos traseros de los coches, siento como si algo horrendo gritara dentro de mí y tengo que cambiar el canal y quedarme quieta, para que Ray no vea que me duele, porque le gusta aferrarse a mi dolor y verme sufriendo. Y entonces me lastima más.

Me senté en el coche, el pagó y nos fuimos. Se estacionó en una calle larga y boscosa y levantó los puños, luego el dolor me crispó por dentro y por fuera y todo se nubló, todo se destrozó.

A partir de ahí, me convertí en Alice.

Ahora soy Alice, y Ray, por las noches, sueña felices sueños que lo despiertan y hacen que me voltee, con la cabeza apretada contra la almohada. La asfixia parece tan fácil de aguantar..., pero no importa qué tan fuerte aplaste mi cara contra la almohada, no importa cuánto intente respirar a través de la tela, no hay aire, ni hay salida para mí.

Se duerme con un brazo encima de mí y me quedo con un ardor punzante en todo el cuerpo y con un charco húmedo y pegajoso debajo de mí.

Pronto habrá otra niña en mi lugar, una de verdad pequeña con brazos y piernas pequeñas para que Ray las embista.



Quiero que ya se la lleve mañana, quiero que esa niña esté aquí mañana, donde yo estoy. Quiero que sea el amor de Ray, que lo soporte. No me importa que la tele y el padre de la iglesia digan que los niños son tesoros o pequeños milagros o especiales. No me importa nada, a nadie le importa.

Son de carne y hueso, como la coraza que me rodea, una cosa esperando ser moldeada como se le ocurra a cualquiera, y Ray quiere ese trabajo. No me importa si lo hace, si se lleva todo y a todas, todas las niñas de todos los lugares, ya nada más quiero que me deje en paz.



30

Transcrito por Mari NC

La mañana es igual a cualquier otra, mis demostraciones, mis ansias por comer; pero esta vez tengo que limpiar mis sábanas, lavarlas con cloro, en la lavadora, para acabar con las manchas. Como nadie me ve, pongo el cloro justo en la mancha, veo la mancha amarilla y café-rojiza, y deajo que el punzante olor del cloro se clave en mi cabeza.

También él es muy limpio siempre. A Ray le gusta que la casa esté impecable; por eso tengo que sacudir, aspirar y, además, recoger los calcetines que deja regados por todo el departamento, como pequeñas serpientes malolientes, enrollarlos y ponerlos en el bote de la ropa sucia. Entonces me canso y el cuarto da vueltas y vueltas. Me acuesto en el piso y escucho el refrigerador y a mi corazón que late rápido y fuertemente —“pum pum pum”—, dentro de mi pecho.

Me tomo el yogurt, que se embarra amargo en mi lengua, y siento el bote tibio en mi mano. Yo creo que el refrigerador también está de malas conmigo. Voy a sacar las sábanas de la secadora y me robo unas monedas que alguien dejó encima de la lavadora.

Hay una máquina de golosinas en el edificio, pero no la uso. ¿Qué tal si alguien me ve comiendo y le dice a Ray? Él saluda siempre a todos. Se saludan y se ponen a hablar sobre el clima. Yo soy tímida y solamente digo hola: ¡Y pobre de mí si no lo digo en la forma que a Ray le gusta!

—Debe ser duro para ti tener que educarla. Con todo el trabajo que tienes, ¿cómo le haces? —alguien le dijo una vez. Una mujer de pelo cobrizo, con tres niños y su vientre de embarazada—. Dios te bendiga por ser tan devoto con tu hija. Yo haré lo mismo con los míos, una vez que asciendan a Devon y ya no tenga que atender mesas.

Devon huyó, y después de un tiempo ella fue desalojada. Sus hijos a cada rato tenían moretones y labios partidos, o se quedaban sin ir a la escuela y jugaban en el cuarto de lavado, más que antes. Nunca nadie le dijo nada. Pero yo solía pellizcarles el cuello para que fueran a su departamento a traerme galletas. Simplemente con una mirada podía hacer que no le dijeran nada a nadie.



Me sentí mal cuando se fueron. Incluso pensé que no debí obligarlos a traerme galletas. Un día vi cómo se asustaban cuando yo iba entrando a la lavandería. Por esos días, Ray me alimentaba mejor. Ahora pienso que se podían asustar todo lo que quisieran, que yo los hubiera lastimado hasta que me sintiera satisfecha.

De camino al parque, me detuve en la gasolinera. Ahí sí podía usar las monedas: galletas de crema de cacahuete, pagadas y atascadas en mi boca, una, dos, tres, cuatro, cinco, seis. La mujer detrás del mostrador tenía el pelo negro pero, a estas alturas, ya nadie me recuerda a mi madre.

El parque otra vez está lleno de gente: niños más grandes hablando y fumando; los que no encajan con ellos se ponen a molestar a los más pequeños. Se ríen de su poder y de cómo funciona. Las dos niñas de pelo oscuro de ayer resultaron mordelonas, pequeñas salvajitas de dientes afilados, y, cuando un hombre inofensivo se acerca, con ojos muy distintos a los de Ray, y les ofrece ayuda, éstas gritan hasta que una mujer policía se asoma y pregunta qué es lo que pasa. Parece como harta de todo y se rasca la espalda.

Tendré que decirle a Ray que hay policías. No le va a gustar. No querrá a las dos niñas tampoco. Han visto cosas, puedo decirlo por sus gritos, y lo van a descubrir enseguida. Ambas me ven al irse, se las lleva un chico de bigote incipiente y mugre entre las uñas.

No, no van a caer. Resuena el vacío detrás de sus ojos fruncidos: ya les vaciaron la vida. Ray no las querrá. Él quiere a alguien a quien pueda abrirle los ojos.

Busco a la pequeña rubia, la que se chupa el dedo, pero no está. Sólo veo a la niña del cuaderno, la pequeña mandona se atrevió a hablarme. Está sentada en los columpios, mirando el cielo. No sé lo que está haciendo. No parece estar pensando en algo, parece estar dentro de algo.

—Está aparentando ser una nube.

Veo que un chico me está observando. Sus ojos son como los de Ray, hambrientos, es fácil saber lo que desean. Me mira como esos chicos ven a las chicas que viven debajo de nosotros cuando platican con ellas en las escaleras, con las manos bajo sus blusas mientras ellas se ríen y que fingen detenerse cuando me ven.

—Sólo vengo a recogerla para llevarla a casa —dice, sentándose a un lado, muslo con muslo. Es flaco, con dedos largos y huesudos—. ¿Vas a la escuela por aquí?



—No —contesto y, como no he apartado mi pierna, él se recarga un poco en mí. Está muy cerca. Su aliento huele a pizza. Ray me dejaba comer pizza. Recuerdo el sabor del queso, del pepperoni, de la grasa en mis labios.

—¿Quieres dar la vuelta? —dice, y veo que detrás del hambre sus ojos están aturcidos, como si no pudiera ver bien el mundo—. Mi coche está allá atrás, traigo unas pastas...

—¿Cómo se llama tu hermana? —le pregunto, y él parpadea.

—Lucy..., y yo soy Jake. Creo que debí haberlo dicho antes.

Me encojo de hombros. Él sonrío nervioso. Veo sus encías, son rosadas y brillantes.

—Entonces, ¿quieres...?

Yo acepto con la cabeza.

Me toma de la mano y me lleva a su auto. Una larga caminata hacia el coche en la parte trasera del estacionamiento, bajo las sombras de los árboles. Completamente solos. Todo un escondite. Atrás hay una parte de la banqueta que está rota.

Ya hubo otro chico. Cuando tenía catorce, justo después de que Ray me diera pastillas. Me chifló mientras caminaba al baño, en la parte trasera del supermercado. Ray me decía que me apurara mientras hacía fila en el mostrador de la farmacia para comprar sus pastillas del colesterol. El chico que me chifló me alcanzó en el baño y preguntó si necesitaba compañía. Tenía barros en la cara y heridas purulentas. Cuando le dije que sí, se sorprendió tanto que se asustó. ¡Parecía que iba a salir corriendo! Me arrodillé frente a él.

Lo hice porque se veía tan sorprendido y tenía la piel tan irritada..., y porque vi que él vio mis ojos y pensó en correr. Lo hice porque él no era nadie. Lo hice porque hubiera preferido que Ray usara el cuchillo en lugar de amarrarme a una silla. Ray vio mi boca cuando regresé y se dio cuenta. Después, no pude sentarme por una semana y tenía morada la parte trasera desde los hombros hasta las pantorrillas, luego las manchas se hicieron verdosas. Mis dedos se han deformado, les han salido nudillos, y duelen cuando llueve.

El auto de Jake era caro, olía a dinero mezclado con su olor de joven inmaduro. No me tomo las pastas que él me ofrece: sé que nada puede evadirme del mundo. Sólo lo empujo a su asiento y le abro la bragueta.



—Atrás está más cómodo —me dice, señalando el asiento trasero, pero le digo que no con la cabeza y, cuando trata de amenazarme, jalándome el pelo, le clavo los dedos en la piel, hasta que se detiene.

Cuando termino, me siento y me limpio la boca con la mano. Me mira con ojos vidriosos, pero algo ve en mi cara que lo cambia y su expresión se trastorna, se ve alarmado, casi asustado.

—Tú... —me dice, haciéndose para atrás, y me doy cuenta de lo que ve: que todo esto no significa nada para mí, que sus deseos no son los míos.

Me acerco, viéndolo a los ojos, y su cara se pone roja.

—Me tengo que ir —dice—. ¡Fuera, sal del auto! Trabajitos con la boca... —escupe—, perra —pero solamente es un gimoteo. Entonces sonrío, para hacerlo entender que sus palabras no significan nada para mí, y él tiembla, sus ojos vidriosos parpadean rápidamente.

Lo veo irse, luego da una vuelta y se detiene en una zona arbolada lejos de los columpios. Lucy sigue viendo las nubes. Sigue soñando.

Jake regresa por ella más tarde, con la cara apaciguada; las pastillas que tomó hacen su efecto. Le dice algo a Lucy. Ella deja de columpiarse, pero no se va con él. Sigue viendo el cielo. Espero que él la tome del brazo, pero no lo hace. Sólo espera, con las manos en los bolsillos, los hombros encorvados y, finalmente, ella aleja la mirada de las nubes y se va, dando vueltas en grandes círculos, contando historias fuera del parque.

Yo camino hacia la parada de autobuses y espero. De regreso, intento pensar en las cosas que quisiera, como montañas de comida o dormir sin tener a Ray a un lado, pero no puedo. Sólo veo el rostro de él cuando le diga que sé cómo atraparla..., e imagino su reacción cuando le cuente mi plan.

No puedo soñar con nubes, pero puedo ver el cuchillo de la cocina. Puedo soñar con él dentro de mí, abriéndome, terminando conmigo.



31

Transcrito por Mari NC

Ray espera que llegue a casa. Una sola mirada a mi rostro bastará para que me lance un puñetazo. Un golpe seco en mi pecho, muy cerca del corazón.

—Puedo verlo todo dentro de ti —escupe, con la cara roja y la voz mortalmente baja—. Veo que no entiendes nada, Alice. Esperaba más de ti.

Me agazapo contra el piso. Veo manchas blancas mientras me sacudo en busca de aire, no alcanzo a aspirar nada mientras mi cuerpo deja de funcionar por un momento, aturdido, y no entiendo cómo comienza a funcionar de nuevo. No sé por qué mi coraza sigue viva, respirando. ¿Por qué no me escucha, por qué no escucha a esa cosita dentro de mí que no es de Ray, a esa niña de “había una vez...” que únicamente quiere cerrar los ojos y nunca más despertar?

Daisy Lane #623, Helen y Glenn.

Es por eso. Hubo una vez, cuando yo les pertenecía y ellos no tenían por qué sufrir por ello.

Ray se sienta a un lado mío en el piso:

—Estoy cansado de todo esto —me aclara—. Te amo, confío en ti, te digo lo que quiero, ¿y qué haces?: me lastimas —luego se agacha y quita el cabello de mi frente, los flequillos malhechos que él me cortó porque Alice usa flequillo.

Alice tiene flequillo y él lo ama, sí, lo ama,

Pone una mano en mi garganta, más arriba de lo normal, y la presión es una ráfaga caliente de dolor. La luz es más brillante ahora e intento hablar, balbuceando, forzando las palabras, a través de una garganta lacerada, tratando de convencerlo:

—Tengo un plan: nunca lastimarte, nunca dejarte, te amo, por favor, te amo, por favor.



Soy una chica muerta en vida porque soy demasiado débil para morir. Odio a esas mujeres lloronas de la televisión, porque se parecen a mí: débiles, vencidas, aferrándose a las manos de quienes las manipulan.

—¿Un plan? —pregunta Ray, aún con la cara roja de coraje. Cuando habla, su boca escupe y salpica por todos lados. Esto es quizá lo último que vio la última Alice, la Alice que no estaba tan asustada como yo. La que era mucho más fuerte.

Sueño con un cuchillo en mi pecho que nunca se encajará. Rogaré y pediré que lo retire después de que Ray me lo clave.

Trato de decir con la voz quebrada, mientras Ray pone hielo en mi garganta y soba mis costillas y me carga hacia el sofá, cuidadoso y tierno; mientras me quita la ropa y me marca todo el cuerpo.

—Ese muchacho que va a recoger a su hermana... —me indica, sobándome los pies, mientras se queda viendo a la pantalla negra de la televisión apagada y silenciosa. La ve mientras recrea historias en su cabeza.

—Solamente hasta que ella haya estado ahí un buen rato —le explico. Mis dedos de los pies se enroscan en sus dedos y mi garganta arde por el dolor. Toco con una mano donde me pegó y me dejó marcado su puño cerca del corazón. Al menos no me duelen los pies. Ray sabe cómo masajear los pies. Acostumbraba hacerlo para su madre, hace tiempo, cuando era chico.

—¿Cómo es su auto?

—Es rojo —digo y, mientras Ray hace una pausa, sus manos colgando de mis pies, le cuento todo lo que puedo recordar.

Él comienza a masajear de nuevo, asintiendo con la cabeza:

—Entonces..., me la llevo y, cuando llegue el chico, tú lo entretienes. Sé que puedes hacer eso —sus ojos parecen furiosos de nuevo y presiona mis dedos con amargura—. Y después yo voy por ti. Con que tú te encargues de él y nosotros... —entonces se detiene, los ojos le brillan y sus dedos parecen plumas que rozan suavemente mis pies. Y añade—: Pondremos en el auto del chico las cosas de Anabel, un poco sucias y manchadas de sangre. Tal vez queden unas manchas en el carro. Luego nos desaparecemos y él se queda con la historia de la niña desaparecida —Ray ríe—. O hasta dos niñas.



¡Anabel! No la llama Alice. Mi corazón herido revolotea como un pajarito atrapado:

—¿Anabel?

—Nos iremos al desierto —me informa—. Lo he decidido hoy. Seguro, al desierto. Tú, yo y la bebé. Somos tres. Por la noche, tú te sentarás y la tomarás de las manos mientras le muestro lo afortunada que es al ser amada.

Respira cada vez más rápido y me jala hacia él. Tira de mis tobillos jalando mi cuerpo de muñeca rota, empujando la parte baja de mi cuerpo hacia él.

—Tú vas a agarrarla —insiste, y todo lo que poseo es fácilmente despojado, las ropas caen como agua—. Tú vas a agarrarla y yo a amarla.

Me sonrío:

—Te gusta la idea ¿no?

Asiento, moviendo la cabeza porque él así lo quiere. Asiento, porque sé que así lo haré. Ella tendrá su amor y yo la sostendré para que él le quite todo. Entonces no habrá más para mí.

No puedo salvarme, y tampoco quiero salvarla.



32

Transcrito por Mari NC

Los padres de la Alice anterior a mí se llamaban Bob y Megan. Lloraron tanto en su funeral, cuando regresó a casa... Ray dice que es una maravilla que hayan vivido lo suficiente para verla un día regresar a casa.

Éste es el tipo de historias que se le ocurre contar.

Sus historias siempre son verdaderas, pero eso no necesariamente hace que valga la pena contarlas.



33

Transcrito por Nanis

Por la mañana, Ray me obliga a estar lista cuando él se levanta. Me mete en la regadera y tararea, mientras se enjabona las manos y las pasa por todo mi cuerpo.

Me siento en la cama, desnuda y con frío, mientras abre la caja de seguridad que está en su cuarto. Todos sus pagos en efectivo están acumulados en una caja contra incendios, bajo una combinación que sólo él conoce. Él siempre paga en efectivo, nada de cheques o tarjetas de crédito; no como lo hacía su madre, quien gastaba todo el dinero que no tenía y luego le echaba la culpa a él, cuando le embargaban todo. Además, cuenta el dinero una, dos veces. Los números salen de su boca como si fuera una canción y, cuando termina, sigue tarareando.

—Nos iremos a un lugar más lindo —promete—. Tal vez a un lugar con alberca, y podré ver a Anabel nadar, con su trajecito de baño azul y con una franja amarilla. Tú la secarás con una toalla. Luego la envolverás y me la traerás.

Eso haré. La despojaré de su toalla hasta que simplemente quede en su ajada y húmeda piel, y la dejaré toda para Ray. En tanto, me robaré su comida para mantenerla pequeña y a él contento, y la sentaré en sus rodillas por las noches, para que escuche sus cuentos.

—Necesitaremos bloqueador solar —le digo—, para que no se quemé.

Él se muestra conforme, complacido, y luego escoge la ropa que debo ponerme. No los *pants* negros que uso todos los días, los que se me caen desde las caderas hasta los tobillos. No mi playera gris, la que fue suya hasta que se manchó con salsa de tomate en las costuras, la que tiene hoyos en las mangas porque me la paso pellizcándola de nervios todo el día.

Ahora llevaré unos pantalones de mezclilla, oscuros, tiesos y demasiado chicos, que me aprietan la cintura y me quedan zancos. Mi camisa es rosa pálido, como el primer rubor de la piel herida. Nada más un recordatorio para que sepas que estás aquí, que no iras a ningún lado. Que debes abrir los ojos y ver. Rosa como Ray me hizo. Lo sé y él también, porque sonrío y acaricia y soba la herida en mi pecho, diciendo:



—¿Te acuerdas? ¿Recuerdas como era antes?

Y sí, sí me acuerdo.

Después de vestirme me explica lo que haré. Iré al parque más temprano que antes. Me perderé la telenovela, para llegar a tiempo. Observaré a Lucy. Esperaré a Jake. Hablaré con él. Ray frunce los ojos entonces, forzando la palabra “hablarás”, para que entienda el sentido, y me sacude con las manos.

—Sabes lo que quiero decir, ¿verdad? —me insinúa, y yo muevo la cabeza.

Claro que lo sé.

—Haces que el chico vaya mañana también —agrega—. Luego todo puede pasar. Mañana temprano empacamos, pasamos el día juntos, recojo a Anabel y luego paso por ti. Y dejamos el regalito para el chico.

Habla en serio, en verdad lo dice en serio. Pienso: “¿Qué nos llevaremos?”

Él me mira, luego una sonrisa lenta sale de su rostro. Sus encías están rojas como carne cruda.

—Todo —me aclara, como si adivinara mi pensamiento, y se va a su cuarto. Regresa con hojas de periódicos dobladas.

Recortes de periódico en mis manos. Una pequeñita con un moño en el cabello, sonriendo, aún sin dientes. Vanesa Judith, un milagro, nacida hace seis meses, hija de Helen y Glenn. Una hija perdida hace mucho tiempo y ahora una nueva. “Todos los días pienso en lo que perdí”, declara Helen. “Y todos los días agradezco a Dios por darme una segunda oportunidad. No podemos regresar el tiempo y no podemos olvidar”, confiesa Glenn, “pero queremos vivir cada día con lo que venga. Recordando lo que perdimos y honrando lo que tenemos ahora.”

—¿No te parece tierno? —insiste Ray, y me le quedo viendo a la bebé, tan pequeña y tan nueva—. ¡Hey! —me sorprende, agarrándome el mentón, obligándome a verlo a los ojos—. Echa esto a perder e iremos a Daisy Lane y verás que incendio, lo quemaré todo. A la niña que te reemplazó, con todo y mamá y papá. A todos.

Me agarra la quijada:



—Mami y Papi y yo los escucharemos berrear y te dejaré escucharlos también. Luego te dejaré ahí, te pasaré por sus cenizas y pondré cerillos en tus manos. Cuando llegué la policía sabrán que fuiste mala y huiste y luego regresaste a castigarlos por olvidarse de ti. Después de todo, tú enviaste esas terribles cartas. Ellos se las dieron a la policía y esperan que nunca regreses.

¿Cartas? Si yo nunca... Ray se ríe. Dios... monstruo, tirano de mi mundo.

Como no digo nada, me besa la frente:

—Sé buena hoy, muy, muy buena.

Y se va silbando al trabajo.

Me quedo viendo la foto de la bebé por un rato largo. Luego la pongo de regreso en el cuarto de Ray, viendo hacia su clóset, junto al cepillo y la foto de su madre. Su cabello también era oscuro.



34

Transcrito por Nanis

Había una vez una niñita.

Ahora hay otra, una nueva.

Siempre habrá una nueva.



35

Transcrito por Nanis

¡Ya es de día! ¡Ya es mi día! Me recuesto en el sofá para ver la tele. Después de un rato, me levanto y saco de la basura el pedazo de papel que le traje a Ray. Lo volteo y encuentro una pluma en la cocina, a un lado de donde pone la lista del supermercado, con las mismas cosas para cada semana. Luego me siento en la mesa.

Querida Vanesa Judith:

Te ves muy linda en la foto del periódico, nuevecita, entera. Sé mejor de lo que fui, de lo que soy. Yo no escribí las cartas que llegaron. Nunca escribí ninguna carta, salvo ésta. Nunca escuches a los que te pregunten si quieres saber en dónde estoy.

Dejo de escribir y pongo la nota en mi bolsillo. Es una carta estúpida. No puedo encontrar las palabras para decir lo que quiero. Me siento feliz de que ella esté bien y segura, aunque enojada de que sea tan linda e inmaculada, a diferencia de mí. Además, de todas formas los bebés no saben leer. Qué estúpida soy.

En el parque, hago pedazos la cartita. Aprieto los restos, fuerte, con mi puño y los tiro a la basura.

—Ayer estuviste aquí, ¿no? —me pregunta alguien. No, no es Jake, ni siquiera es un niño, sino una mujer. Me volteo, para ver a la policía con cara de hartazgo viendo mi mano empuñada, roja todavía por haber apretujado el papel como si quisiera que desaparecieran las palabras y se fueran flotando hacia el aire.

A Ray no le gustan los policías. Una vez llegó uno para preguntar si habíamos visto a un tipo que había robado dos autos. Luego, el polizone me preguntó si estaba enferma, porque me veía pálida, y Ray le explicó que tenía gripa. Luego le pidió su tarjeta y aseguró que le llamaría si escuchaba algo. Finalmente se sentó, viendo a través de la puerta durante las dos siguientes horas, cuchillo en mano, con mi garganta justo en el filo. Esperando.

A mí tampoco me gustan los policías.



—Ayer pensé que no tenías casa —dice la policía—, digo, por la ropa y todo eso, pero ahora ya no se sabe. ¡Con la ropa que andan usando los jóvenes! ¿A qué escuela vas? —interroga, mientras me mira fijamente—. ¿Qué te pasó en el cuello?

Enfrente de mí, un niño pateo a otro en la pierna.

—Una pelea —le digo—. Mi hermano...

—¿Te hace eso muy seguido?

Le digo que no con la cabeza. Ella me sigue viendo.

—¿Y tienes hambre?

De nuevo, le digo que no con la cabeza, pero la oficial saca un dulce, que mis manos alcanzan mientras ella me informa innecesariamente:

—Lo compré en la mañana, pero se derritió un poco. ¡Me choca que se derritan...! ¡Vaya, sí que tienes hambre!

Me como el dulce. Lo muerdo. Ni siquiera lo veo. Lo destrozo tan rápido como puedo, para tragármelo.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —investiga la mujer.

—En el almuerzo —ésta es la respuesta correcta. Y sí, comí yogur durante los primeros cinco minutos de mi telenovela: Storm esperaba ver si su bebé estaba bien o si iba a nacer con una rara enfermedad que nada más podía curar aquel doctor a quien alguna vez amó. Luego tuve que salir corriendo a tomar el autobús, con el corazón retumbando en mi pecho.

—Soy Bárbara —me dice la policía, extendiéndome la mano.

Yo creo que esperé mucho antes de extender la mía. Su piel es muy cálida.

—Vaya, tienes las manos frías —añade amablemente, mientras saca algo de su bolsillo. Entonces me da una tarjeta con los datos de un:

ALBERGUE SEGURO



—Es un lugar especial —me aclara—, para adolescentes que no... —se arrepiente—
... que podrían necesitar un lugar seguro.

Yo sé que no hay lugares seguros, pero le doy las gracias, como hizo Ray cuando el policía le dio su tarjeta, y la pongo en mi bolsillo, como si la fuera a conservar.

—Ya me tengo que ir —se despide Bárbara, tocándome el brazo.

Trato de no mostrar mi desconcierto, pues únicamente Ray y la mujer que me depila me tocan, y no me gusta, no me gusta que me toquen. Ya tengo bastante con las manos de Ray, son tan pesadas..., y todo el tiempo las tengo encima.

Bárbara asiente con la cabeza, como si yo le hubiera dicho un secreto, y entonces se va. Espero hasta que llegue a donde están los árboles, cerca de los columpios, dónde yo debería estar. Luego, me doy la vuelta y me voy.

En el autobús me pregunto cómo le voy a decir a Ray lo que sucedió. Cómo puedo decirle, para que no piense que he alejado a Anabel de él, y luego pienso en lo que me dijo en la mañana y decido hacerlo.

No hay forma de que mencione a la policía sin hacerlo enojar. Saco la tarjeta de mi bolsillo y la rompo en pedacitos. Los pongo disimuladamente en la bolsa de la mujer que sentó a mi lado, agarrando celosamente sus bolsas del supermercado, como si pensara que yo quiero robarle sus naranjas y sus uvas.

Y sí quisiera, pero no lo haré.

Cuando llego a la casa, Ray ya está allí, sentado en el sofá, esperando. Tan pronto como lo veo abro la boca y digo:

—Está enferma, no podremos llevárnosla mañana, pero sí pronto.

—¿Enferma?

Le he mentado a Ray. Nunca le había mentado. Bueno, desde la vez de la gasolinera y de lo que pasó después, y temo que él me descubra, pero lo que hace es fruncir el ceño:

—¿Te dijo el chico de qué se enfermó?

Niego con la cabeza.



—Estúpida —me dice, y empiezo a hundirme en el suelo, lista para agazaparme y pedir clemencia, lo que sea, pero luego añade—. Anabel nos agradecerá que la alejemos de gente que no sabe cuidarla, ¿no crees? —y le brillan los ojos. Se levanta. Ha estado pensando en ella por un buen rato, mientras yo no estaba, y luego susurra todo lo que le hará, lo que yo haré para ayudarlo, mientras permanezco acostada, silenciosa, debajo de él.

En mi pecho herido, mi corazón canta una suave canción, pequeñas notas, porque no le dije la verdad a Ray y él me creyó.

Preparo su cena. Los elotes se apelmazan con las papas y tendré que mostrarme apenada por ello durante un rato, tendré que pedir perdón y demostrarlo. Después me duele la quijada, adolorida y tensa por el esfuerzo de abrirla tanto, y me duele la cabeza del lado donde la agarró jalándome los cabellos. Luego se voltea de nuevo hacia mí, cuando las luces están apagadas. Ya estamos metidos en mi camita rosa. A pesar de todo, yo escucho a mi corazón asombrado, que canta su cancioncita.



36

Transcrito por Nanis

Ésta es la cancioncita:

Le mentí y no se dio cuenta. Lero, lero.

Le mentí y no se dio cuenta. Lero, lero.

Le mentí y no se dio cuenta. Lero, lero.

Ray no se da cuenta de todo.



37

Transcrito por LizC

Otra mañana, siempre otra mañana. Como siempre, puedo comerme el desayuno y el *lunch*, un yogur, dos. Estoy perdida en ensueños.

No me había dado cuenta de que todavía puedo hacer eso, pues mi cabeza nada más genera imágenes que se han ido borrando: esas primeras semanas con Ray o guiños lejanos y extraños de aquella niña que llevaba su feliz, tonta y estúpida vida.

¡Pero estoy soñando! E incluso tengo un plan. Sé, por tanta telenovela y programas de entrevistas —mi única escuela—, que los planes deben ser simples. No puedo depender de un único momento para todo. No puedo esperar que Ray no esté pensando en las cosas que podría hacer y que se esté adelantando.

La traeré a Anabel. Iré al parque, hablaré con Jake y Ray se la llevará. Él le dirá lo que debe hacer, lo que pasa si no escucha, si no se comporta, todo eso.

Luego, cuando él esté listo para irnos, me habré ido. Haré algo más que simplemente hablar con Jake. Haré lo que me pida y luego abriré la puerta del coche y le pegaré en la cabeza con un pedazo de banqueta, hasta noquearlo. Lo acostaré en el piso, adormilado.

Me llevaré su coche. Nunca antes he manejado, pero he visto cómo lo hace Ray, he visto a gente en la televisión, le quitaré las llaves. El coche seguro tendrá gasolina —él deberá tener dinero en su tarjeta de crédito, todos los de la televisión tienen una—, y me iré. Jake en el suelo, esperando a ser encontrado. Apuesto a que Ray lo encontrará primero.

Pero ya me habré ido.

Me habré ido y Ray tendrá que decidir entre la nueva Anabel, tan suave y joven, con un cuerpo que no tiene que ser moldeado, o yo.

Una pequeñita con tanto que aprender..., o yo.



Él se la llevará, nueva, mucho mejor, y yo me iré manejando. Recuerdo el número 623 de Daisy Lane, en Harbor View, a cuatro horas de aquí, como dice Ray, siempre lo ha dicho. Y yo puedo hacerlo. Puedo ir.

Entonces iré y les diré que se vayan, que no están seguros. Los veré irse..., los veré. Me aseguraré de que estén bien y de que se alejen, y ellos querrán hacerlo.

Ellos no querrán que vaya con ellos. Ni siquiera puedo imaginarlo. No puedo verlos ir hacia mí estando marcada por Ray, tan llena de él que estoy vacía. Pero ellos se irán y yo...

No sé. Me esconderé, eso sí es seguro. Incendiaré la casa de Daisy Lane después de que ellos se vayan, y esperaré a que llegue la policía.

Si estoy con la policía, Ray no vendrá por mí. Ellos me detendrán y él no podrá llevarme. Estaré en la cárcel. Ahí me quedará hasta que sea vieja, veinticinco, treinta. Comeré todo lo que pueda, espero, y engordaré. Entonces me saldrán busto y caderas y panza como el contorno ancho y blancuzco de su madre.

Luego, si viene, no me querrá. Estaré a salvo.

Generalmente soy tan hueca como una sonaja que suena todo el día; pero ahora, ahora... me siento inteligente. Me... me siento bien. La sensación es extraña, pequeñas punzadas de algo parecido al dolor; pero no, es como... como cuando Ray está agotado del trabajo y cae dormido en el sofá, y yo puedo acurrucarme, dentro de mí misma, toda la tarde.

Esas noches... piernas, brazos, pecho, pies, muslos y todo encima y a mí alrededor y en medio, todo me pertenece. Esas noches son casi brillantes. La sola idea me marea: el pensamiento de que mi piel sea mía, no de él, y de que mi cuerpo, mi cascarón hueco de sonaja, sea solamente dirigido por mis manos... por siempre mío.

Mi cuerpo al fin recuperado y dejándome llevar por él...

No me importa Storm y todo lo que pase la telenovela, aunque hoy es cuando descubrirá si el doctor que ella destruyó puede salvar a su hija. Ray dice que debo ir al parque a hablar con Jake, preguntarle por Anabel, obtener imágenes, para pintarle el cuadro exacto de su piel rosada, de sus pequeñas piernas cansadas y sus brazos, metidos en la cama, de niñita que necesita cuidados.



—Asegúrate de preguntar cuándo va a regresar —me dice—. Asegúrate.

Le contesto que sí, sabiendo de antemano la respuesta. Ella estará ahí mañana. Oh, sí. Así será. Llegaré al parque más temprano, antes de que lleguen los demás niños. El sol me dará en la cara y sacudiré los dedos de los pies dentro de mis zapatos, ansiosa.

Sí, me preocupa lo que le diré a Jake. Hoy debo hablar con él. Tiene que ser así. Y Ray estará observando, pero las palabras son sólo letras, ¿no? A.L.I.C.E. Júntalas, sepáralas, haz una nueva palabra. Puedo hacer eso, debo hacerlo.

Puedo hacerlo para que mis piernas, brazos, estómago, espalda, pecho, codos, rodillas, todos sean míos de nuevo.

Lucy, ahora Anabel, va llegando con su pequeña mochila roja. Iba a tirarla en el suelo, pero se detiene cuando me ve.

Mírala. La niña. Ray va a quererla y yo me quedaré sola, de nuevo con mi propia piel. El pensamiento me viene una y otra vez. ¡Qué alegría!

—Estás llorando —me dice la niña. Sin más, sin dudarlo, me toco la cara. Está húmeda, la piel en mis mejillas se escuece al secarse. Como si fuera a quebrarse si abro la boca.

—¿Tú no lloras? —le pregunto, y mi piel se queda en su lugar. Si no llora, Ray va a llevársela y, sin dudarlo, se olvidará de mí. Yo tampoco lloraba, no hasta que lo conocí.

Ella encoge los hombros:

—No, porque Jake me dice que solamente los bebés lloran y yo ya no soy bebé aunque él diga que sí.

—Los bebés son pequeños.

Me ve como si fuera una estúpida:

—Claro, y yo no lo soy. Yo puedo tocar el cielo cuando me columpio. Puedo llegar así de alto.



Yo le digo que sí y me toco la cara con los dedos, aún húmeda, tan contenta de que ahora será ella, y no yo, que estoy rebosante de satisfacción.

—Deberías dejar de llorar —me dice, frunciendo su carita, y luego me da una palmada en la rodilla. Sus manos son muy chicas—. Ya no eres una bebé.

—No —contesto, pero mi voz suena como un leve chillido, suave y débil. Ray únicamente me ha enseñado una forma de hablar—. Yo no...

Veo cómo se columpia. A esta pequeña que le entregaré, Ray la verá como a una bebé indefensa y nacida en un lugar donde no debe crecer, pudiendo estar como es ahora siempre, aunque su cuerpo trate de cambiar.

Ray la lastimará, con lágrimas y dolor que aliviará dándole helado y amenazas. Tal vez ella también intente huir, despertar y perseguir al mundo, para terminar del otro lado de la carretera, como yo: su mundo se convertirá en una imagen borrosa que terminará hasta que se levante totalmente desnuda, sangrante y rota. Vuelta a nacer, muerta en vida.

—Hola de nuevo —aparece Bárbara otra vez, en tanto mira lo que estoy viendo, siguiendo mis ojos hacia la niña del columpio, con los pies que apuntan hacia el cielo. Yo pienso: "disfruta mientras puedas, Anabel"—. ¿La conoces?

Muevo la cabeza diciendo que no.

—Te vi hablando con ella. Es muy buena para el columpio, ¿no lo crees? ¿La vas a llevar a algún lugar después?

Le indico que no, y es cierto, yo no la llevaré a ningún lado, Ray lo hará. Yo simplemente ayudaré.

—¿Segura?

—¿A dónde podría llevarla?

Bárbara encoge los hombros.

—Sólo preguntaba. Has... estado llorando, lo sé. A veces las personas tenemos, tenemos pensamientos que están mal, que nos hacen sentir mal, y...



Me río porque Ray no piensa nada, todo lo que él hace es acción, creación y destrucción; él domina todo con esta palabra. En cinco años no ha pensado nada. Cinco años llenos de él, haciendo y deshaciendome cuando le place.

—¿Crees que es gracioso? —Bárbara suena enojada, dura, como Ray cuando le dejan de brillar los ojos. “¿Pequeña mentirosa, cómo pudiste?” o “Después de todo lo que he hecho por ti.” Me pongo ese ungüento en la parte del golpe en el pecho, en mis músculos acalambrados y grito, sin emitir sonido, con la boca cerrada, el rostro inmóvil. Sí, soy muy buena para eso. Estoy acostumbrada.

—Lo siento —contesto y empiezo a encorvarme. Ella no es Ray, pero está enojada y, si se molesta y me lleva con ella, nadie en la calle de Daisy Lane #623 estará bien—. Yo no... yo sólo estoy sentada aquí. Nada más quiero estar sola.

—Oh... —contesta Bárbara, con una voz distinta, más suave. Se sienta junto a mí en la banca—. ¿Eras como ella, como la niña del columpio? ¿Alguna vez? Quizás tus papás..., después...

Siento un sabor amargo en mi boca, como el que provoca la piel de Ray cuando se mete dentro de mí y me habla:

—Ahí te va, Alice, toma... abre bien..., jeso es! —y me inclino hacia adelante, viendo el suelo. “Había una vez...”, “...fue hace mucho, mucho tiempo...” y esa niña se ha ido para siempre.

—Yo nunca fui como ella —le aclaró a la policía.

Bárbara cruza los tobillos. Tiene zapatos negros y pies pequeños:

—¿Tienes hambre? —parece sinceramente interesada en mí.

La verdad es que sí, siempre tengo hambre.

—Toma —añade, sin esperar a que le conteste, y me da un sándwich. Está envuelto en una de esas bolsas de plástico; está enorme, dos grandes pedazos de pan, mucha carne y no una, sino dos rebanadas de queso.

Mi estómago se retuerce tan fuerte que empiezo a ver lucecitas y me tiemblan las manos cuando lo tomo.



—¿Todavía tienes la tarjeta que te di? —me pregunta Bárbara, mientras como y asiento con la cabeza, cerrando los ojos: bello sándwich con queso salado y jamón resbaladizo y pan algodónado, tan ligero en mi boca. Podría comer esto siempre, hasta que se acabe el mundo y más allá—. ¿Vives cerca de aquí?

Trago el bocado. Pienso en Ray aguardando en la puerta con un cuchillo en mi garganta. Esto es justo lo que no quería, lo que no quiere, y yo podría decirle todo a Bárbara, por ejemplo:

—Vivo con un hombre que dice que es mi padre, pero no lo es; mi nombre es Alice, pero no lo es. Hace cinco años morí y ahora estoy aquí, muerta en vida. Llévame a mi casa, a Daisy Lane #623, por favor.

Ray lo sabría. Yo no llegaría a casa y él se daría cuenta. Iría a Daisy Lane #623. Desaparecería toda la casa incendiada, con todos adentro, todos muertos, mientras que la policía revisaría para asegurarse de que fuese real, y nunca encontrarían a Ray, y cuando me digan que estaré segura... nunca lo estaré, Ray me encontrará y entonces seré una mentirosa.

Y yo sé lo que él les hace a las mentirosas. Mejor le digo:

—Vivo por South Estates —nombrando el fraccionamiento de departamentos en la esquina de la otra línea de camiones, la que nunca uso. He visto los anuncios, fotos de edificios de tabique aparente en los asientos de la parada.

—¿Y vienes aquí para olvidarte un poco de lo que pasa allá?

Afirmo con la cabeza, mientras ella añade:

—¿Y vendrás mañana?

Asiento de nuevo. Imagino la furia de Ray cuando le diga —y tendré que decirle—, y sé que me va a asfixiar tanto que apenas podré respirar.

—Bien —añade Bárbara—, entonces te veré mañana.



38

*Transcrito por Vlan**

No entiendo cómo es que Anabel puede pasar tanto tiempo en los columpios.

Ray, después de mudarnos, me llevaba a un parque cerca de Shady Pines. Yo esperaba que fuera como el departamento, desgastado y viejo, con el pasto desgastado y con brillos de vidrios rotos.

Pero era hermoso. Todo era nuevo, brillante y resistente, todo destellaba con el sol. Había una mujer que nos veía ahí y Ray me decía que fuera a jugar. Yo lo miraba esperando que no fuera otra más de sus pruebas. Seguro que lo era, porque eso era lo que hacía Ray al principio, cuando nos mudamos aquí. Me ponía pruebas todo el tiempo. Ray me contaba que la ciudad había donando ese parque.

—Espero que dure así un buen rato —dijo la mujer, y Ray se reía mientras yo me encogía de miedo. El metal brillante era demasiado nuevo para mí. Los niños que estaban por ahí, por todos lados, no eran como yo. Yo era “la nueva”, pero ya me daba cuenta de que ellos no eran como yo. Ellos eran una prueba más que yo tenía que pasar. Entonces, mi corazón no estaba vacío, aun reaccionaba con pequeños latidos de esperanzas.

De cualquier forma, nunca me columpiaba, porque los chicos más grandes acaparaban el parque. Se sentaban en los columpios y fumaban y hacían cosas debajo de las resbaladillas. Cuando Ray pasaba por ahí en el carro, nunca se detenía, ni siquiera desaceleraba para ver, y siempre se enorgullecía de que yo tampoco estuviera pendiente de los demás.

¡Como si quisiera! ¡Como si me importara! Sé de lo que todos son capaces, lo que supura dentro de cada uno. Los abrazos de esos chicos sólo me recordaban lo que me esperaba. Lo que siempre me esperó.

Después de esa ocasión, Ray nunca me buscó más parques. Decía que no los necesitaba. Él no era como esos perversos ansiosos que merodean, esperando ver de reojo un trozo de piel de niño, el doblar de un codo, la parte de un muslo.



—¡Maniáticos! —exclama—. Solo quieren ver. No son capaces de cuidar a alguien. No saben lo que realmente es el amor —y entonces arruga la cara, moviendo la cabeza—. Me dan lástima. ¿A ti no?

Su mano caliente sobre mi cabeza, bendita maldición. Amor, diría Ray, mi amor especial para mi niña especial.

Rostro enardecido, empujando, cierra los ojos, los abre para verme, ¡Oh Alice, mi niña!

Quito la vista de Anabel, que suelta pataditas hacia el cielo en el columpio, y veo el pasto bajo mis pies. Una vez, en un programa de entrevistas, un señor que hablaba de la muerte decía que todo lo que está debajo de la tierra hace que el pasto sea tan verde, que de las cosas muertas se crea todo lo que está vivo.

Ahora sólo quiero recostarme en la banca o, mejor aún, sobre el pasto, descansar sobre lo vivo e intentar escuchar la muerte que hay debajo. Pero no puedo, porque entonces la gente va a ver y a Ray no le gusta que se den cuenta; me quiere silenciosa, a su pequeña niña fantasma.

Me agacho un poco y sólo toco el pasto. No lo he tocado en años. A Ray no le gusta que me ensucie.

La verdad no siento nada especial y estoy extrañamente decepcionada, como cuando quitan las novelas porque alguien importante con corbata se pone hablar de cosas que no importan. No tienen nada que ver conmigo. Ray me ha aislado del mundo.

—¿Pediste algo? —me pregunta Jake al aparecer, mientras se pone en cuclillas frente a mí, tocando mis dedos en el pasto.

Quito mi mano y la limpio con mis *jeans*. Sus manos no son como las de Ray pero son más largas que las mías, más grandes. Sé lo que eso significa.

—Te ves... bien —añade, y yo me veo a mí misma, con mis *jeans* tan pequeños y una rara blusa rosa de tirantes y me pregunto qué es lo que ve en mí—. ¿Quieres ir en mi auto?

Me veo como lo que soy. Vivo para ser lo que Ray quiera, lo que él necesite, y es obvio, si te fijas bien.



Es obvio que puedes hacerme hacer lo que quieras. Aunque la mayoría de las personas aparten la vista. No quieren saber lo que se puede hacer con manos como las tuyas.

Me levanto y sigo a Jake a su auto. Otra vez me ofrece de esas pastillas que trae y encoge los hombros cuando le contesto que no quiero. Se traga unas cuantas sin agua, así nomás.

—Pinche escuela —exclama—. La odio

—¿Y tu hermana odia la escuela? —le pregunto.

—Apenas tiene seis años... —contesta—... todavía piensa que es divertida —por su mirada me doy cuenta de que he dicho una estupidez, algo que cualquiera debería saber, y bajo la cabeza mientras espero a que ponga sus manos en el cinturón. Debo pensar en algo que decir. Debo pensar en palabras.

Él lo hace por mí, carraspea con la garganta y da golpecitos con los dedos sobre su pierna.

—¿A ti te gusta la escuela?

—Está bien —asiento resignada, en tanto recuerdo los pupitres y los secretesos y forma filas para el *lunch*.

Entonces tiraba la comida porque me sentía muy llena o simplemente no me gustaba.

Daría lo que fuera por regresar el tiempo y comerme esa comida, abofetear a esa niña de "había una vez..." y escarbar lo que ella estúpidamente tiraba: comer y comer hasta engordar, volverme carnosa por todos lados, con lonjas que me protejan de los ojos de los demás. De los ojos de Ray.

—¿Entonces, uf, quieres...? —se frota las piernas, intenta tomarme la mano de nuevo. Esta vez lo dejo y me quedo quieta mientras frota mi mano contra la bragueta de sus jeans. Es tan indeciso, tan inseguro...

Parece tan joven, más joven de lo que yo nunca he sido, incluso cuando nací en los brazos de Ray, y no me toma nada de tiempo hablar sin palabras, sin hacer nada que Ray pueda ver. Sólo es mi mano frotando de arriba abajo, ni siquiera su piel. Es tan fácil.



Después trata de tocarme, sus manos sobre mi pecho, su boca amenazando la mía. No intenta aplanar mi pecho, sino rodearlo con las manos. No me importa, pero no me gusta su boca sobre la mía, el dardo resbaladizo de su lengua. Ray me besa la frente o las rodillas o el interior de los muslos, porque su madre lo hacía besarla todas las noches, por eso me aseguró que me protegería y que nunca me besarían.

Lo empujo, después de haber contado dos veces hasta diez, y luego me pregunta:

—No soy muy buen besando, ¿verdad? Mi última novia decía que era pésimo.

No se que contestarle, con esa vocecilla preocupada. Su debilidad me pone muy nerviosa. Me hace querer lastimarlo.

—Verás, mi amigo Todd..., yo creo que lo conoces, probablemente los has visto, es muy alto y tiene una novia guapísima, con unas piernas... —Jake se echa para atrás—. En fin, él le pidió a su novia que me ayudara a ligarme a May, que es un poco gorda, pero lo hace con cualquiera y, bueno, salimos por un rato. Todd dice que no debería ser tan maricón con estas cosas; pero tú sabes, no es como si... —y suspira—. No es como si hubiera un pinche manual para saber lo que hay que hacer en todos los casos o algo así, ¿no? —se ríe—. Eso es, un pinche manual, ¿me entiendes? ¡Mierda, estas pastas sí que pegan! ¿Estás segura de que no quieres una?

Sacudo la cabeza, todas las palabras caen en su lugar y vienen a mi cabeza las que necesito:

—No, yo tengo mejores.

—Apuesto a que sí —responde—. Tú eres como... no sé. Eres como una roca, ¿entiendes? Aparentemente, nada que ver, pero luego agarras la onda y luego con esta cosa... ¿Qué pastas tienes tú?

—¿Por dónde entra tu hermana al parque?

—¿Lucy? No sé. Del lado de la entrada cerca de su escuela, creo. ¿Por qué siempre me preguntas por ella? —Ray contestaría en un susurro bajo y punzante, más fuerte que un rugido, pero Jake lo hace con un chillido quejumbroso, como un zumbido de mosca.



Bzzzzz... Bzzzzz... Escucho a las moscas durante el verano. Vuelan por todos lados y viven quién sabe de qué, aire tal vez; luego llega el otoño y ya se fueron. Quisiera ser una mosca; vivir de nada, tener alas.

—Yo te caigo bien, ¿verdad? —me pregunta—. Hice lo que Todd me enseñó: te di lo mejor que tengo, te hablé, me bañé después del gimnasio.

Yo no sé qué es normal, pero no creo que Jake sea normal. Me ve, con sus ojos enormes; mira a lo lejos y aquí al mismo tiempo. ¡Está tan ansioso de escuchar que es bueno, que es especial, que es... uf!

Me recuerda a mí. Un muerto en vida, todo roto por dentro.

—¿Qué fue lo que te pasó a ti? —le pregunto, parpadea lentamente y se escoge en el asiento.

—¿Qué quieres decir?

Se endereza y se toca la hebilla del cinturón, pero ya no hay bulto debajo de él. Es un gesto vacío, un intento.

Cuando nos mudamos a Shady Pines me le quedaba viendo a Ray por las noches. Se me ocurría que, si él pensaba que a mí me gustaban su sudor y sus manos y el dolor, todo esto se acabaría pronto, que me dejaría ir cada noche más temprano, que me concedería la gracia.

Gracia..., ésa es mi palabra favorita de la iglesia. Un estado del ser, algo por lo que puedes rezar, algo que Dios te puede conceder, algo que sí se puede obtener. La perfección es inalcanzable, pero la gracia..., la gracia puede alcanzarse.

—Nada —contesta Jake—. Bueno... mis papás. Están decepcionados porque no soy listo o algo así, sabes, yo no soy de los buenos. Yo soy como mi verdadero papá. Un día se levantó y se fue, ¿sabes?

—Pero tu hermanita es perfecta.

—Tu cara..., —me comenta, parpadeando como adormilado, pero tratando de espabilarse—. Tú... te vez muy chistosa cuando hablas de mi hermana, como si quisieras comértela o algo así. Tragártela completita —entonces sacude la cabeza y cierra los ojos.



¿Se va a dormir? Si es así, ¿podría... podría liberarme en este momento?

Espero un respiro, dos, veinte. Luego, susurro su nombre:

—¿Jake?

—¿Quieres disfrutar esto? —contesta de nuevo con ese zumbido en la voz—. No pienses cosas. Yo..., yo no te caigo bien, ¿verdad?

—No —contesto, y veo cómo abre los ojos y deja caer la mandíbula formando una pequeña "O". Mis dedos caben ahí. Podría engraparle los labios después de estrujarle la mandíbula, y doblarlo, someterlo... Podría hacerlo, creo.

No lo aguantaría.

Me inclino hacia él y pongo mi boca sobre la suya. Le muerdo un labio. Siento la carne suave y tierna entre mis dientes, él aúlla sobresaltado.

Lo veo limpiarse la boca. No me levantó la mano. Sin palabras, sin voz, se quedó ahí, quieto, callado.

Igual que cuando me siento junto a Ray. Igual, como me quedo cuando Ray se me acerca.

—Ven mañana —le ordeno, y me voy. Ni siquiera me acerco a ver a Anabel, sólo sigo caminando hacia la parada de camiones, con el sabor de sus labios rotos en los míos.

Ya entiendo porque a Ray no le importa la comida; por qué siempre come lo mismo, casi todos los días, y por qué todas las cosas que mi estómago desea con retortijones no significan nada para él. Me siento satisfecha de pies a cabezas, nada más por haber tenido a Jake ahí, viéndome, con sus pupilas drogadas y todo lo que había detrás de ellas.

Miedo.



39

Transcrito por LizC

Ray sabe bien cuándo llego a casa. Claro que lo sabe, lo presiente. Yo sé qué es lo que él piensa cuando me mira caminar hacia él, con su ancha sonrisa: "Lo hiciste, Alice, descubriste cuándo va a regresar la niña, y ese día es mañana". No hay preguntas en su voz, sólo hechos. Ray es el dueño del mundo, él hace que suceda lo que él quiere; yo sólo asiento con la cabeza.

Me dice que vaya con él, que soy su niña preciosa, su niña por siempre, su niña, su Alice. Me pellizca fuertemente el pezón izquierdo, luego el otro y me lleva adentro. Le cambia la cara, la sonrisa se vuelve real; se le ven todas las encías y los dientes, listos para desgarrar.

—¿Ya viste qué hora es? ¿Sabes cuánto tiempo he estado aquí, esperando?

Volteo a ver la hora. Son las 5:02 en números rojos, 5:02..., y yo debía haber llegado antes. Siempre debo estar aquí para cuando Ray llega, siempre debo esperarlo. Entonces me advierte:

—¿Crees que puedes hacer esto sin mí, crees que puedes... —hace una pausa y me escupe en la cara— divertirme? ¿Piensas que ese chico es divertido?

Me sacude fuertemente y mi cabeza y mi cuello van hacia atrás y hacia adelante, como una muñeca de trapo.

—Conque te ibas a divertir, ¿no?

—No, Ray, te lo juro, yo sólo....

—¿Sólo qué? —me mira a la cara, presionando mis labios muy fuerte con el pulgar. Siento su aliento y le informo:

—Él no será un problema, verás, va a ir mañana y Anabel estará allí, ya está mucho mejor; él me lo dijo —y pienso: ella estará allí esperando. Es muy bonita. Te va a gustar, Ray, la vas a adorar y la vas a someter. La agarrarás de las manos mientras le enseñas a comportarse.



—¿Y eso es todo? —me pasa los dedos por el cabello, jalando, empujándome al piso.

—Eso es todo, él no es nadie. Lo sabes, sé que lo sabes.

Y susurra mordéndome el cuello:

—Claro que lo sé, lo sé todo...

Entonces todo vuelve a la normalidad, y empieza con lo de siempre:

—Tú me amas, tú me necesitas, anda, dilo, dilo.

Lo digo. Tengo que decirlo y lo diré ahora. Hablo hasta que la voz se me seca. Las palabras son sólo letras: A-L-I-C-E, y se cuáles son las que él quiere escuchar.

Ray me sienta en sus rodillas y me da un sorbo de agua, después de unas galletas y un pequeño trozo de queso: una cena especial. Saca el queso de su propia comida, un sándwich enorme que compró, un gran trozo de pan con carne desparramándose por todos lados.

—Es mío —me aclara—, pero lo compartiré contigo. —Me besa suavemente la piel y voltea a ver el techo para que no me den escalofríos—. Besar es mejor, ¿no crees? Te hace sentir mejor, ¿no?

Hago un gesto diciendo que sí. Me quedo viendo al techo y pienso que Anabel muy pronto estará aquí, que pronto dejaré de ser la única, que dejaré de estar sola.



40

Transcrito por LizC

"Había una vez una niña..." que todas las noches tomaba largos baños y nadaba en el agua que corría por su cuerpo, lavando su cabello para luego exprimirlo nerviosamente, mientras sus padres suspiraban preguntándose: "¿Por qué tiene que estar tan limpia?"

Era como si ya lo supiera, en cierta forma. Como si el agua fuera la gracia y presintiera que pronto ya no volvería a encontrarla. Pronto, nada la haría ser más de lo que era. Nada la llenaría.



41

Transcrito por Angeles Rangel

Temprano, por la madrugada, Ray ya está listo. Me despierta temprano, antes de que salga el sol. Me toma de la mano. Me carga por la cintura y sus manos fácilmente se imponen en mis huesos. Me lleva a la regadera.

—Hoy es el día —me recuerda—, y quiero que te veas especial para nuestra pequeña.

No quiere que me rasure las piernas o las axilas; la otra Alice lo intentó, creo. Una vez, Ray me contó algo sobre agua roja y las muñecas rajadas de Alice mientras él dormía. La rabia lo despertó y se lanzó arremetiendo sobre mí.

A veces creo que si viera a la otra Alice la ahogaría yo misma.

Ray me da una crema para untármela. Veo la etiqueta mientras me la pongo: es rara, tiene un olor extraño, huele a flores, y tiene algo que me quema por dentro de la nariz. Si por él fuera, me mandaría a depilar completa, pero es muy caro y a Ray le gusta ahorrar. Además, mis piernas y axilas velludas, una vez depiladas, nunca serán tan suaves como la tierna piel de entre mis piernas. ¿Qué puede haber ahí que él pueda saborear?

No le gusta que me ponga la crema. Le molesta su olor o el recuerdo de que, antes, mi camión rosa se arrastraba por el piso, formando una cola tras de mí. Ahora, me llega a las rodillas y el bordado del cuello está todo desgastado por las lavadas y por las manos de Ray que siempre deja su rastro en mi cuerpo, marcando todo mi cuerpo.

Él empaca, mientras espero a que caigan más trozos de mí. Cuando termino, me lavo para quitarme el olor a shampoo, después de que abre la puerta, porque me ordena:

—¡Y también lávate el cabello!

Cuando termino, Ray revisa que mi cabello esté bien limpio y luego hace que me siente y me cepille, mientras él se rasura. Empieza a hablarme del dinero que ya



tiene empacado, de los mapas que compró, de los lugares a los que podremos ir: Nevada, Nuevo México, Arizona, algún lugar lo suficientemente grande como para que él consiga un buen trabajo.

Un lugar en el que pasaremos desapercibidos, aun cuando lleguemos y seamos nuevos ahí, aun cuando demos un paseo. Me explica lo que le hará a Anabel y cómo yo tendré que detenerle las manos, e incluso ayudarlo, mientras ella se da vuelta y toma mi mano, apretándome con los dedos. Todavía tiene crema de rasurar en la cara y una pequeña cortada en el cuello.

—Olerás como ella —me indica con los ojos perdidos—. Todos oleremos a ella.

Paso el peine por mi cabeza, mientras Ray se asegura de que me ponga acondicionador para que no se enrede. Dice que no le gustaría causarme algún dolor.

Su madre le cortaba mechones de pelo y las tijeras le dejaban pequeñas marcas en el cuero cabelludo. Me las mostró antes de que nos mudáramos aquí, después de encontrarme del otro lado de la carretera queriendo pedir aventón.

Dos días después de eso, nos mudamos a Shady Pines y pensé: "¡No, no puedo vivir aquí, no puedo!"

Aquella vez que me encontró intentando escapar me llevó hasta Daisy Lane #623, y detuvo la camioneta:

—Es nueva. La compré sólo para ti y debías esperar la sorpresa, pero no lo hiciste. Ahora sube —y condujo hasta mi casa y me explicó lo que les sucedería a las personas que vivían ahí.

Luego regresamos. Se desvió en la salida 56, me acuerdo. No había nada más que árboles y una gasolinera cerrada. Me sacó de la camioneta y fuimos al bosque. Me azotó y me golpeó contra los árboles. Quedé con la cara llena de bichos y trozos de corteza, con la boca y la cabeza azotados contra el suelo una y otra vez. Sus manos me jalaban el cabello. Su voz decía: tú no vas a dejarme, no vas a dejarme, no lo harás. Dilo, dilo.

—No te dejaré.

—¿Nunca?



—Nunca.

Regresamos a Shady Pines y pensé: sí puedo vivir aquí. Lo pensé y, después de un rato, ya estaba viendo televisión: hacía que los días pasaran más rápido, más fáciles.



42

*Transcrito por Vlan**

Ray llama entonces a su trabajo y se disculpa: "Lo siento, un problema familiar. Mi hermano está enfermo, en Pennsylvania, cerca de Pittsburg...". Practica antes de hablar.

—¿Suena bien? —le respondo que sí. Entonces hace la llamada y, al terminar, me muestra de nuevo la ropa nueva de Anabel. La tuvimos que comprar en una tienda de segunda mano, a dos pueblos de distancia. "Era un regalo de cumpleaños de parte de mi primo." Eso tenía que responder si alguien me preguntaba. Nadie lo hizo. El hombre frente a nosotros compró seis brassieres usados y un viejo televisor con panel de madera y un tablero de canales muy gastados.

Compramos la ropa usada: *jeans* abombados con un tejido rosa en los bolsillos. Nada parecido a lo que yo he comprado con Ray antes, los que ciñen a la cintura y aprietan. No más sección de niñas para mí, comenta la gente de la tienda:

—Vaya que crecen rápido ¿no?

La boca de Ray se tuerce y decide comprarme *jeans* de niños. En la casa, me frunce los ojos mientras me los trato de poner apretando el vientre y las nalgas. Sonríe una vez que logro que me suban por las caderas. Todavía con ropa de niño..., una niña hora juega a ser niño.

—Ven para acá y déjame ver. Déjame ver a mi pequeña Alice.

Ray se vuelve loco con las camisas, blusitas y playeras; blusas con encajes, cintas y botones blancos y brillantes como perlas. Faldas también, con olanes y crinolinas, para que se sacudan al moverse para él.

En la misma tienda donde siempre conseguimos el papel del baño y los productos para que yo haga la limpieza, ahora compramos pantaletas blancas, sin listones mas pequeñas que las mías. ¡Más pequeñas que las mías! Ray lo notó y no hubo cena para mí esa noche. También escoge tenis con agujetas de color rosa. Ray está seguro de que le quedarán a Anabel.



—Soy bueno para adivinar —me advierte—. Soy bueno para saber justamente lo que va a estar bien.

Le sonrío a una niña pecosa y pelirroja que está viendo las sandalias. La niña le corresponde con una sonrisa y Ray va a ver los zapatos con ella:

—Oh, yo tengo una niña como de tu edad. No vino porque está enferma, en casa. A ver, muéstrame la pierna para que yo vea como te queda el zapato. Sí, eso es, me gusta. Vamos, Alice.

De regreso a casa se estaciona en un edificio de oficinas abandonado. Está tan ansioso que acaba en unos pocos segundos.

—¡Ah! ¡Ojalá todas las niñas fueran así! —exclama—. Que se quedaran así para siempre..., sin crecer nunca, sin convertirse en mujeres...

Señala con el dedo a una mujer que está en la parada de los camiones, batallando con dos niñas, una en cada mano. Se ve enojada y muy cansada. Les da sendos manazos en las nuca.

—¿Quién puede lastimar así a un niño? —me pregunta—. Alguien debería reportarla. Espero que alguien lo haga. A los niños hay que amarlos: ellos son el amor mismo.



43

Transcrito por Angeles Rangel

Después de lo que ocurrió en el bosque, después de que intenté pedir aventón a Daisy Lane #623, Ray me llevó en su camioneta.

—¿Ves esto? —me enseñó, mientras, dividía su cabello por la mitad, donde tenía las cicatrices en la cabeza—. Mi madre hizo esto mientras me cortaba el cabello porque estaba sucio. Me lo cortaba queriéndome deshacer los nudos. Si me hubiera portado bien, ella no habría hecho eso.

Estiró mi mano, puso un papel sucio y se lo embarró en la cabeza.

—Y yo no quiero ser como ella —me confesó—. No, no voy a ser como ella. Pero alguien te tendrá que pegar si te portas mal, y tú quieres ser buena..., ¿verdad?

—Sí —respondí—. Seré buena. Por favor, vámonos a casa. No me lleves al bosque de nuevo. Ahora sí quiero ir a casa contigo.

Ray sonrió a sus anchas. Una sonrisa podrida y muerta por dentro. Cuando yo sonríó, pienso que mi sonrisa se parece a la suya.



44

Transcrito por majo2340

Mientras veo el programa de las mañanas, Ray está trazando rutas. Hay mapas en toda la mesa de la cocina y me doy cuenta de que no volveré a ver este departamento. Adiós al refrigerador ruidoso.

No vale la pena pensar en nada más. De nuevo veo gente gritándose unos a otros. Esta vez son hombres que no se habían dado cuenta de que estaban saliendo con hombres que se vestían de mujeres. Se están gritando y reclaman que fueron engañados, diciendo que ellos no son "así":

—¡Yo no soy así! —dicen.

Me pregunto cómo serán los programas de televisión en el desierto; si los canales serán los mismos o si tendré que aprendérmelos de nuevo.

Anabel va a llorar mucho. Dirá que ella es Lucy. Y va a querer salir. Hablará de sus papás, de su hermano...

Tal vez le diga que lo conozco, qué él odiaba tener que ir a recogerla, que él me hacía hacer las cosas que Ray le enseñará, que todos pensarán que su hermano es la razón por la que ella desapareció.

Haré que me traiga agua. Me comeré su comida. Ayudaré a que parezca pequeña por más tiempo que yo. La llevaré a la alberca para que nade.

Si se hunde, si trata de ahogarse... ¿la dejaría hacerlo?

No, la sacaré a la fuerza. La haré respirar. La llevaría con Ray. Y luego, una noche que ella esté con él, podré escapar, lo haré.

Pero olvido..., olvido mi plan. De mi garganta sale un ruidito oxidado, filoso, como cuchillo. Ray me mira y yo señalo la televisión.

—No deberías ver esa basura —me llama la atención—. No es divertido ver el dolor de otras personas.



Asiento con la cabeza. Sí, Ray, sí, cómo no.

¿Me reí? ¿Eso era ese sonido?

Me siento tan ligera por dentro... como si pudiera flotar.

Olvido mi plan, pero tengo un plan. Dejaré que Jake se meta en problemas y Ray se llevará a Anabel. Daisy Lane #623 está en... Lo encontraré. Compraré un mapa si es necesario. Gasolina y un mapa y un paquete, o tres, de esos pastelillos rellenos que se desparraman por los lados cuando los muerdes.

Ray me toca la cara.

—Voy al parque —informa—. Te veo al rato.

Yo asiento con la cabeza, y él me pellizca la quijada:

—Está bien, nos vemos.

Luego, me pasa el pulgar por el cuello y me besa la frente. Se va. Va a esperar a que Anabel llegue al parque, que llegue a sus brazos.

Yo sola, me levanto y el cuarto empieza a vibrar locamente. Veo el yogur del desayuno esperándome en la mesa. Está ahí desde la noche anterior. Hay una nota, escrita con los largos garabatos de Ray, que dice que está orgulloso de mí. También dice que me veo hermosa. A un lado, deja el cambio exacto para el autobús.

No hay nada en el refrigerador. Está vacío, limpio. Y pienso en el pedacito de queso, mi cena especial, y en lo lejos que tengo que ir hoy. Todo lo que tengo que hacer.

Tengo que comer.

Bajo al cuarto de lavado. Las paredes parecen cerrarse y abrirse, abrirse y cerrarse. Esculco en un montón de ropa que está sobre la tercera lavadora. Encuentro cerillos, un cuarto de dólar y pelusa. Recuesto mi cabeza en la secadora. Ah, está tibia: taca-taca-taca en mi cabeza.



El otro montón de ropa es del viejo que vive bajo las escaleras, frente a la lavandería. Él sólo come sopa y, cuando ve a Ray, no para de hablarle de lo pobre que es. ¡Siempre lo pone de mal humor tener que escucharlo!

Su ropa huele asqueroso, como la de Ray por las mañanas, y mi estómago se revuelve.

Hay cincuenta dólares en el bolsillo de los pantalones del viejo; arrugados, envueltos en una lista del supermercado, una lista de sopas, papel de baño y cosas así.

Agarro el dinero, subo las escaleras y salgo rápidamente del edificio.

Atravieso la calle y voy a un restaurante de comida rápida. A veces Ray trae comida de ahí: hamburguesas, papas fritas que se come mientras me cuenta su día o después de decirle cuánto lo extrañé. ("¡Demuéstralo, mejor demuéstalo!", me dice y mis rodillas siempre están lastimadas por eso).

Pido el combo #2: una hamburguesa de doble carne, con queso, lechuga y salsa secreta. El bote de papas fritas es más grande que mis manos y el refresco es grande, helado.

Como despacio, porque sé que tengo que hacerlo así la primera vez. Pero no por mucho tiempo, no como en esas películas que veo cuando están malas las telenovelas, donde veo mujeres que se cortan o que se matan de hambre y eventualmente aprenden a ser fuertes, pero siempre los primeros pasos son difíciles: ver su propia piel intacta las enferma, comer las hace vomitar.

Estoy tan hueca, no hay nada dentro para empujar. Como despacio, mientras saboreo el queso en mi lengua, y luego más y más rápido.

Quiero comer más, pero no puedo esperar. Ray no encontrará el dinero, porque no va a encontrarme a mí. Él tendrá a Anabel y yo iré a Daisy Lane y haré que se vayan. Les diré que lo siento mucho, pero que ellos no están seguros; que lo intenté, pero que ya no puedo más, que ya no quiero intentarlo más, que ya no puedo ser Alice, una muerta en vida, ya no más...

Cuando me vaya, comeré en el coche, Compraré las cosa que veo que los demás comen cuando Ray para en la tienda de la gasolinera o en el supermercado. *Hot*



dogs, pastelillos rellenos, pizzas en pequeñas cajas de cartón. Papas con queso amarillo.

Sueño con los ojos abiertos, mientras voy hacia el parque.

Anabel se ha ido cuando llego y, en los columpios donde debería estar ella, está Ray.

Está hablando con Bárbara.



45

Transcrito por majo2340

Quiero correr, pero no puedo, no puedo, no puedo.

Lo intenté pero no funcionó, nunca funciona.

Todos los días soy una herida abierta, un grito ambulante. Y no importa.

Nadie me ve.

Quiero correr, pero sé que no tengo a dónde ir.



46

Transcrito por Angeles Rangel

Bárbara me ve y agita la mano pidiéndome que me acerque.

Entonces voy. Mis pies siempre van hacia donde está Ray. Él me observa, sonriendo, sé que debo tener cuidado. Debo hacer lo que él quiera.

Recuerdo el cuchillo en mi garganta, cuando nos fue a ver el policía. No quiero, no quiero, no quiero..., susurraba. Pero nadie más puede tenerte. No quiero que te lastimen.

—Hola —dice Bárbara—. ¿Cómo estás?

Me encojo de hombros, como debo hacerlo cuando me hacen preguntas. A Ray no le gusta que responda.

—Bien —dice ella—. ¡Qué bueno! ¿Ya no has tenido problemas con tu hermano?

Encojo los hombros de nuevo.

No veo a Ray. No quiero ver si está enojado. Se enojará más si lo hago. Mi plan, auto, correr, comida... sigue palpitando en mi cabeza. ¿Se habrá dado cuenta? ¿Se dio cuenta?

—También te ves más... sana —añade Bárbara y voltea a ver a Ray—. Ésta es la niña de la que te hablaba.

—Oh —contesta Ray—. Espero que hayas guardado la tarjeta que te dio. Espero que sepas que hay lugares con personas que pueden cuidarte.

—La perdí —contesto, aún sin voltear a verlo, pero sé que está furioso, lo escucho en la dulzura de su voz. Bárbara asiente amablemente.

—Ah..., aquí tengo otra —me la da y, luego, dirigiéndose a él—: Bueno, Ray, seguiré mi camino hacia la patrulla. Tengo que hacer algo de papeleo, ya sabes,



ponerme al día. ¡Amo los días libres de las escuelas! Puedes estar seguro —termina en tono sarcástico.

—El parque es hermoso así... —contesta Ray—. Tan callado... —y pasa caminando a un lado de mí, con Bárbara a su lado.

Mentí y él lo sabe: ella no estuvo enferma. Él sabe que las niñas enfermas no van a paseos escolares, ella debió haber estado aquí y no vino, él se va a dar cuenta, va a descubrir lo del dinero: Daisy Lane está a cuatro horas de aquí y él tiene un cuchillo y lo va a usar y todo será mi culpa.

Volteo. Miro confundida hacia la parada del autobús porque sé que debo intentarlo. Tengo que detenerlo, decirle cuánto lo siento, decirle que seré la mejor de las niñas, que sostendré a Anabel para él, que le enseñaré lo que tiene que hacer, que le enseñaré todo mientras él observa, que haré todas las cosas que quiera. Cualquier cosa que quiera.

Siento una mano en mi brazo. Ha regresado a mí. Ahora no le importa si alguien lo ve. El parque está tan quieto. Iremos de regreso al lugar donde "había una vez..." una pequeña niña y no puedo detenerlo, nunca puedo detenerlo. Entonces volteo y ruego:

—¡Por favor, no! No vayas por ellos. Sólo enójate conmigo.

—¿Qué dices? —responde Jake.



47

Transcrito por Sheilita Belikov

—Nada —contesto—, nada... ¿Tú qué haces aquí?

—Me dijiste que viniera... —me aclara. La voz se le quiebra. Reconozco ese tono. Tiene los ojos entrecerrados, aturdidos. Me pregunto cuántas pastillas se ha tomado durante el día.

—Tu hermana no vino.

—Sí, se fue a un museo o algo así. Tengo que recogerla a las seis en la escuela. Seguro que va a querer venir aquí y, como siempre se sale con la suya, tendré que traerla.

—¿Va a venir más tarde?

—Sí, pero, ¿por qué te importa tanto? Oye, ¿qué nos ve ese tipo? Te está viendo justo a ti.

Ni siquiera tengo que voltear. Sé que es Ray. Sé lo que está pensando.

—Vete —le digo a Jake, mientras mi mente se acelera: uno, dos, tres. Puedo resolver esto; tengo que arreglar esto...—. Pero regresa más tarde. Nos vemos al rato.

—Yo no..., ¿por qué? —no entiende—. Oye, ese tipo parece...; quiero decir, por la forma en que te ve, es como si ustedes fueran... —se le encoge la voz, su rostro, sus ojos, empiezan a abrumarse y asombrarse.

—¿Acaso eres...? —su voz empieza a subir de tono—. ¡Eres su...!

Lo veo en sus ojos, veo lo que piensa, lo que sabe. Lo que ve y, a la vez, no es capaz de ver.

Él sólo ve que soy una de esas chicas que andan con tipos más grandes, en busca de una figura paterna, para hacerles cariños, regalos y volverlos locos usando a



chicos como Jake; pero no importa, ya no importa. Le digo que sí, que sí estoy con él y que tengo que huir de él.

—Tú puedes ayudarme, así que ven esta noche, sólo ven y...

—¿A salvarte? —se asusta, retrayendo sus pasos—. Hablas..., ¡puta madre, hablas en serio!

Le iba a decir: "Trae a tu hermana; trae a tu hermana, porque eso es lo que va a salvarme."

Pero siento la mirada de Ray, juzgándome, adivino lo que piensa: "Alice, Alice, Alice, me mentiste. Ya no eres mi pequeña. Tendré que castigarte. ¿Por qué me obligas a hacer estas cosas? ¿No ves que me duele mucho, mucho más de lo que a ti te duele?"

—Por favor —le pido a Jake—, por favor; sólo ven, vengan tú y tu hermana. Yo estaré aquí y...

—Y yo lo detendré —contesta, con una rara expresión entre excitado y asustado—. ¿Quieres que yo lo detenga?

No puede. No es posible detenerlo. ¿Cómo no puede darse cuenta? Pero no se lo explico, sólo lo miro a los ojos, fijamente. Veo sentimientos pasar como sombras: lástima, compresión, horror, lujuria.

Cualquier chica muerta en vida, como yo, haría lo que fuera. Después de todo, eso es lo único que él puede ver. Estamos vacías por dentro, nada puede satisfacernos, por más que nos dejen intentarlo.

—Estaré aquí —me asegura, mientras sonrío, erguido con orgullo, soñando—. Te recogeré y, cuando él venga y todo se complique, veremos qué hacer... —sus palabras se encogen, lo veo soñar como lo hacía la niña que una vez fui. Grandes sueños, sí, sueños imposibles.

Él no puede detener a Ray. Nada ni nadie podrá detenerlo. Pero el plan va a resultar esta vez. El plan todavía puede funcionar.

—Sí —confirmando, y me esfuerzo por tocar su brazo; apenas le rozo la piel, como si fuera Ray, como demostrándole cuánto lo quiero, cuán contenta estoy, por estar con él y porque él me cuida—, esta noche puedes arreglarlo todo.



Creo que querrá irse a casa a seguir soñando, pero él no sabe lo que es ser la niña de "había una vez..." que yo soy, no sabe lo que es ser así, él sabe lo que puedo hacer, en lo que me he convertido, y lo desea, sí, claro que lo desea.

—Puedes venir al auto, ¿ok? Verás cómo esta noche te voy a proteger. Te lo juro.

Miente. Lo veo en sus ojos. Para él, salvarme no significa nada. Todo es gloria para él, quizá piensa hacerlo un ejemplo para que su hermana no vuelva a jugar en este lugar: "¡Mira lo que te podría suceder!", "¡Mira lo que es capaz de hacer la gente mala!". Eso es lo que él le dirá a su hermana.

Y al final me dejará con Ray, con su ira; pero él no tiene idea, no sabe que Ray lo conoce, todo lo que sabe de él. No sabe que Ray lo necesita.

—Te protegeré —me repite en el coche, y lo veo imaginar cómo será lo que hago con Ray, lo que me hace Ray—. ¿Además, cómo puedes andar con alguien tan viejo? ¿Crees que lo amas o qué demonios? ¿O sí, de veras lo amas? Pero a mí, a mí tal vez sí, ¿verdad?

—Si — le doy por su lado e intento no pensar en Ray y en lo furioso que está, cuán furioso estará. Ha de estar esperándome, impaciente, esperando.

—¿A mí sí? —pregunta el muy tonto, tragando otra de sus pastillas, mientras hurga entre mi ropa con un condón en la mano.

—A ti... —sólo digo eso, nada como esto, como el: a ti, Ray; a ti, Jake. Tú-Tú-Tú. "Alice siempre te escogerá".

"Alice siempre será lo que quieres que sea". Es para eso para lo que estoy hecha.

Es lo único que sé hacer.



48

Transcrito por Anne_Belikov

Dejo a Jake con los ojos floreados de tanta pastilla. Sus pupilas están abiertas como esas flores que crecen a los lados de la calle, con pétalos apenas amarillentos, siempre muriendo, con enormes centros negros.

Ray está esperando del otro lado. Se aleja mientras empiezo a caminar hacia él, pero se las arregla para ser mi sombra una vez que llego a la parada del autobús. Siento su sombra enorme, su boca torcida. Me observa al subirme al autobús.

Espero a que todos suban. Espero a que el camión de transbordo llegue. Espero a todos los que quieren hacer lo mismo, batallando con sus bolsas y sus cuerpos, y juntando la cantidad justa de monedas.

Puedo ver la camioneta de Ray que nos sigue cuando salimos a la carretera.

Idiotizada, me siento en el autobús: una, dos, tres, cuatro paradas, la gente sube y baja. Bolsas del supermercado, mochilas, portafolios, enormes estuches para teléfonos minúsculos. Dos chicas gritonas y cursis se ríen con labios brillosos y rosados. Se suben y se sientan frente a mí:

—¡Claro que le gustas!

—¿Tú crees?

—Sí, ¿qué-vas-a-hacer?

—No sé. ¿Llamarle? ¿Le-hablo?

—Claro, hazlo-ya, ahora.

—¡Dios mío, no-puedo-esperar-a-la-semana-que-entra-cuando-me-den-MI-COCHE!

—Ojalá yo tuviera un coche.

—¡Há-bla-le!



Alguien tose: una manera de decir "cállate, idiota". Ellas SUSPIRAN y se voltean a hablar en secreto.

Ahora ya no veo la camioneta de Ray, pero sé que sigue ahí.

Las dos chicas son como bebés, como la niña de "había una vez..." que yo era, pero ellas son más listas. El mundo no se las ha tragado, no lo hará. Siguen hablando todo el camino hasta su parada.

—Háblale.

—Ok, pero qué le digo.

—Sólo háblale.

No hay tos que las detenga.

Todos suspiran de alivio cuando ellas se bajan. Las veo alejarse, extrañas, hermosas niñas. Ahora sé por qué Jake desea tanto mi piel. Chicas como ellas ni siquiera le harían caso.

Ésta es mi parada, me levanto y camino. A través de las ventanas sucias, no veo a nadie más que a Ray, parado ahí donde yo me bajaré, esperando.



49

Transcrito por Anne_Belikov

Ésta es mi historia favorita. La contaba todo el tiempo, la susurraba en mi cabeza una y otra vez. Aunque Ray siempre irrumpía con sus manos calientes, empujándome, jalándome, estirándome. Él nunca escuchó mi historia. Sin embargo, me demostró que no era verdad. Era sólo un anhelo, y anhelar es triste, es duro, es difícil.

Era más fácil prender la televisión y ver sus interminables historias. Dejar que me contara historias que terminaban en canciones de limpiadores para el baño o anuncios de autos último modelo. Ver la cara de Ray hasta que todo se nublara. Pasar del miedo al enojo, al odio, hasta llegar a la nada.

Ésta es la historia:

“Había una vez...” una niña. Vivía en Daisy Lane #623. Sus padres eran Helen y Glenn y tenía una habitación de paredes azules. También tenía una computadora y un escritorio, y un brillo para los labios que podía usar en la escuela.

Se pintaba sombras en los ojos, ahí, en el baño de la escuela, con sus amigas. Azules, como sus ojos, para combinar.

Estaba a punto de cumplir diez años y, justo antes de su cumpleaños, se enfermó y se quedó en casa, y sus padres le dijeron que, si no quería ir, no importaba; y se perdió de la visita al acuario, y sus amigas le contaron que fue horrible, que ni siquiera había delfines.

Entonces, le hicieron una fiesta y comió pastel y helado y luego...

Y luego...

Luego termina ahí la historia. Aun entonces, al principio, cuando intentaba anhelar, no podía. Nada le esperaba a esa niña, después de perderse de esa salida al acuario. No podía ver nada más allá de su cuarto, de sus padres..., y ellos nunca se desvanecieron, sino que se congelaron, quedaron inmóviles. Lo que había sido se convirtió en lo que fue y una historia sólo funciona cuando te sabes el final.



Cuando sus personajes no están anhelando ser otra cosa. Cuando puedes pensar en esa niña y verla claramente. Cuando aún no sabes que la historia es toda una mentira...



50

Transcrito por Angeles Rangel

Ray me toma de los brazos, mientras le sonrío a la otra persona que baja del autobús: una mujer de aspecto cansado, con una bolsa de plástico del supermercado y una lata saliéndose por la orilla, con una etiqueta verde, una lata de vegetales.

Los vegetales siempre llevan etiquetas verdes. En el supermercado, me le quedo viendo a toda la comida: la crema de cacahuete va junto a las mermeladas; el pan, junto al café; los vegetales, enfrente de las pastas, en cajas blancas y rojas.

—Vámonos a casa —me dice Ray—. He estado preocupado por ti, preguntándome dónde estabas. Debiste haberme dicho que ibas a salir. Toma mi mano. Te veo cansada.

Nadie escucha, el autobús se ha ido. Veo a la mujer de la bolsa alejarse por la otra acera.

Cuando nos dirigimos hacia el departamento, Ray me clava las uñas en el brazo. Veo los cuatro edificios, de 16 departamentos cada uno. Una vez pasé toda la mañana calculando cuántos eran, acordándome de la escuela, de cuánto odiaba hacer la tarea: “aprender, aprender, aprender”.

Recuerdo tan poco, completamente desnuda, respirando para mantenerme viva. Di “te amo”. Di “quiero estar contigo”. Di “gracias por cuidar de mi.”

—Sé buena y todos en Daisy Lane estarán a salvo.

Vivimos en la segunda unidad, hacia la derecha, pasando el estacionamiento que se inunda cuando llueve y el área verde donde a veces están unas niñas hablando con unos chicos. Ray a veces los ve por la ventana y mueve la cabeza:

—Eso hacen las mujeres. Así empieza todo —razona, rascándose la espalda, como si las cicatrices aún le molestaran.



Se la pasa hablando todo el camino hacia el departamento, diciendo cosas como: "Estaba preocupado", "qué cansada de ves", "qué hay de tu tarea, espero que la hayas hecho", "no quiero que repruebes, tienes que aprender".

—¿Entendiste? ¡Tienes que aprender!

La voz de Ray es tan firme que mi piel empieza a temblar. Ray se esfuerza para hablar "así" y no "ASÍ", porque se enoja muy fácilmente, y el mundo no le parece un buen lugar, está lleno de cosas y personas malas, y todo eso le molesta, pero igual se esfuerza, se esfuerza mucho. Dice que en su trabajo lo apodan "Ray, el silencioso", porque siempre está muy callado, y eso es mucho mejor que "El gordo" o "El payaso nalgón", que es como se burlan del jefe de Ray, de Harold. Ray asegura que los nombres son importantes, que no debemos desecharlos.

Una vez dentro del departamento, me empuja, como si mi piel le repugnara y, antes de que caiga en la alfombra, me levanta y me golpea en el pecho, que aún no sana, justo donde late mi corazón.

Jadeo, este dolor me es familiar..., "bienvenido, te estábamos esperando". Ray siempre se enoja así. Me dejo caer hincada y espero a que me jale el pelo, a que me arrastre o me empuje. Diré lo que él quiera que diga.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Lo sigo, arrastrándome. Me duele el pecho. Siento que la respiración me quema por dentro.

Sobre la mesa de la cocina, Ray abre una caja, saca cosas: un cuchillo, cerillos, una cuerda, un mapa, un papel con la dirección de Daisy Lane y un plano de todas las habitaciones. Están marcadas: comedor, cocina, sala, Helen y Glenn, el cuarto de la bebé.

El cuarto de Alice marcado con una X.

—Ya empaqué todo —me informa—. Ya deberíamos estar en camino, rumbo al desierto. ¡Pero tú...! —sacude la cabeza—, pero tú..., ve nada más lo que me obligas a hacer.

Ni me mira. Solamente toma el papel: 623, Daisy Lane, haciendo trazos en los cuartos, en los nombres.



—Lo siento —dice, como si les hablara a ellos—. Yo lo intenté, pero Alice no estuvo de acuerdo. Ella les dirá, cuando la vean, muchas cosas, pero no le hagan caso. Ya saben que es una mentirosa.

Recoge el cuchillo y yo me quedo clavada en mi lugar, mirando cómo va y viene, hasta que lo veo golpear en el aire con su arma una y otra vez. Zaz-Zaz-Zaz.

—Lo he estado pensando —añade—. Lo he estado pensando mucho mientras te esperaba, pero tú solamente ensuciarías el cuchillo y es un buen cuchillo y lo quiero limpio. ¡Y tú prometiste que serías buena conmigo! ¡Con ellos! ¡Con todos nosotros! ¿No es así?

Yo asiento, porque realmente lo prometí. Prometí con sangre y lágrimas y todas mis palabras, tumbada en el piso, enroscada, hecha nudo y de todas las formas que él quisiera. Asiento porque él tiene el mapa y no debe usarlo, no debe ir allá. Ellos no se merecen esto: no es justo que Ray los encuentre.

—Pero... —dice, todavía platicando con ellos, todavía sin voltear a verme, todavía rebanando el aire con su arma, tan fuerte que se agita su fleco en la frente y sus ojos se transforman como los de Jake, floreados, saltando de su cara—, de todos modos voy a llevar el cuchillo. Es mejor estar preparado.

Entonces me sonrío abiertamente, con una mueca horrible. Ahora sí me mira, mientras yo recuerdo cómo encontraron a la otra Alice, muerta, en el río.

Sus padres murieron después del funeral: el robo terminó mal, no se llevaron nada, pero ellos aparecieron apuñalados una y otra vez antes de que la casa fuera incendiada. La alarma de robos no sirvió para nada. El titular del artículo que él me había hecho leer simplemente decía: "FINAL TRÁGICO DE LA TRISTE HISTORIA".

El ladrón nunca fue atrapado.

Por cinco años yo he sido buena para que ellos vivan, por cinco años he trabajado duro para evitar que conduzca hacia Daisy Lane #623 y entre.

Una vez le dije: "Llévame a casa, por favor" y él me contestó:

—Tú jamás querrás que haga eso.



51

Transcrito por Marina012

—Ray, Ray, por favor, no. Te juro que yo pensé que estaría allí. No te mentí. Jake me había dicho que la llevaría y se le olvidó. Yo no te mentiría. ¿Por qué haría yo algo así? Yo también estaba ahí. Cierto, debí decirte sobre la policía, pero no quise preocuparte.

Ray me jala del cabello y pone el cuchillo en mi garganta:

—¡No querías que me preocupara! ¡Me preguntó si te conocía! ¿Sabes? ¿Cómo iba ella a saber algo así?

Todo mi mundo está en sus ojos centelleantes y su voz se calma:

—¿Crees que soy un estúpido? —el cuchillo presiona cada vez más mi piel.

—No, Ray, no, por favor —le explico—, nunca le dije nada. Ella me dio un sándwich y ya sabes cómo son los policías cuando hacen preguntas. Ella cree que no tengo casa y quizá pensó que me escapé y que tú me estabas cuidando.

Me duele más que nunca y arde mi garganta.

—Porque tú me cuidas, Ray, tú me cuidas, y ella probablemente se dio cuenta de que eres cuidadoso y de que cuidarías de alguien, y tal vez quiso que supieras que le caías bien. A todos les caes bien. Y, cuando fui con Jake, me aseguré de que...

Me clava el cuchillo en el hombro y grito.

Silencio. Me estoy tambaleando. No hay palabras para esto. Pensé que las muertas en vida no podían sentir nada. Pensé que estaba vacía, pero no. No lo estoy.

—Ray, por favor, te amo. Él la va a llevar al parque hoy en la noche. Anabel estará allí, yo se lo pedí —le ruego, mientras pienso: ¡No digas el nombre de Jake, no lo digas! Eso fue lo que lo hizo clavarte el cuchillo. La sangre bombea como los latidos del corazón: golpe-dolor, golpe-dolor, golpe-dolor—. Lo voy a ver hoy. Él odia a su hermana. Quiere que se vaya. Sé que va a estar ahí y ella irá con él, podremos llevárnosla.



Llaman a la puerta y...

—Cállate —susurra Ray, presionándome la quijada y estrujándola. Todas las palabras que iba a decir: mi plan, mi estúpido plan que olvidé y recordé, y la comida que comí y el dinero de mi bolsillo, todas las palabras aplastadas en mi boca sin poder salir.

La habitación empieza a girar, todo parece tan lejano.

—Sí —escucho a Ray y me recargo contra la pared, apoyada en mi lado izquierdo como una escoba mal puesta. Puedo ver el mango del cuchillo. Hay sangre por todas partes, en mi playera, en el piso—. Sí, es mi hija, estaba haciendo una ensalada y se cortó. No, gracias, ya llamé a una ambulancia, pero ya sabe cómo se pone el tráfico, así que yo mismo la llevaré. Sí, muchas gracias.

Dolor.

El cuchillo está en el piso. Lo alcanzo a ver. No está en mí, pero ahí están los dedos de Ray, hurgándome y jalándome:

—Cállate y ponte esto —me ordena, pasándome una de sus viejas camisetas, la que usa cuando arregla su camioneta, huele a él y a su auto. Luego bajamos las escaleras, nos subimos a la camioneta y nos vamos.

La carretera está exactamente a cuatro kilómetros del departamento. Ray me informa al salir y me pide que lo recuerde: cuatro kilómetros. Era todo lo que tenía que manejar para llegar al camino que va a Daisy Lane #623.

—¿A qué hora llevará el chico a Anabel? —me pregunta Ray.

—Cuando ella regrese —contesto, mientras veo el camino acercarse y acercarse—. Como a las seis. Me dijo que "como a las seis".

Ray da la vuelta y dejamos atrás el letrero de la carretera.



52

Transcrito por Mari NC

Amarra mi brazo con tiras de una de sus viejas camisetas, desgarrándola a lo largo:

—Tienes que ser fuerte para hacer algo así, ¿sabías? Yo soy muy fuerte.

Sé que lo eres Ray. Fuiste más fuerte que yo cuando fui detrás de ti al estacionamiento. Eres más fuerte que yo ahora.

—Anabel estará a salvo contigo —trato de congraciarme—, mucho mejor de lo que está ahora.

—¿Te duele? —me dice, tocándome el hombro y, cuando asiento con la cabeza, porque me duele y porque sé hacia dónde va con su pregunta, suspira y me reclama—. Bien. Lo siento, pero tú..., realmente tú me decepcionaste, Alice. Ahora tendrás que hacerme sentir mejor esta noche, y nos iremos directo al desierto. ¿Ok? ¿Trato hecho?

Está mintiendo. Ray miente todo el tiempo y a todo el mundo: en el trabajo, en la iglesia, cuando lo ves por la calle y lo ves como cualquier otro hombre. A mí no me engaña. Lo conozco por dentro, porque yo he surgido de él. Él me creó y ahora me habla como si les hablara a ellos, como si le hablara a cualquiera.

—Por favor —asiento, porque sé que está mintiendo, sé que no hay trato, sólo lo que él quiere. Siempre es lo que él quiere, sin negociar, sin preguntas, y me sonrío, con su verdadera sonrisa, llena de dolor y dientes e intenciones.

Manejó hasta un centro comercial abandonado que sólo tiene un solitario supermercado al fondo.

—Ahora, empieza de una vez a hacerme sentir mejor —me ordena, y empuja mi cabeza hacia su regazo. Me clava los dedos en el hombro y me duele.

¡Lo odio! Me llena ese pensamiento, como el dolor y las punzadas en mi hombro: ¡lo odio, lo odio, lo odio!

Había olvidado cuánto duele sentir.



53

Transcrito por Nanis

—¿Quién eres? —fue lo primero que me preguntó Ray después del acuario.

Fue la primera vez que escuché su verdadera voz.

—¿Quién eres? —me dijo, y me cruzó la cara con una bofetada cuando le contesté. Mis padres nunca me habían golpeado, sólo me hacían sentarme en la esquina y me gritaban cuando me portaba mal. La cara de mi madre a veces se ponía roja y me asustaba mucho.

Pero nada como esto.

—¿Quién eres? —me preguntó de nuevo—. ¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives? —él no sabía quién era. Cómo no iba a saber quién era yo, si estaba sentada en su coche y él...

Yo tenía las palabras para lo que él había hecho, palabras sacadas de las noticias y de las pláticas en la escuela. ¿Pero cómo es que no me conocía? Ellos nunca advirtieron que yo no sería nadie para él, sólo una niña estúpida que confío: "Sí, dime por dónde me puedo ir".

—Deja de llorar —me ordenó, mientras él contestaba sus propias preguntas, y dejé de llorar. Me limpié las lágrimas y gemí un poco, contuve el hipo y entonces sí supe quién era y dónde vivía, y se lo dije.

Él aprobó con la cabeza:

—¡Bien! —me dijo—. Muy bien.

—¿Me vas a llevar a casa? —le imploré, y él me volteó a ver como si hubiera hecho la pregunta más tonta del mundo.

—Por supuesto, Alice —me engañó—. ¿A dónde más iríamos?

—Pero... —yo no quería que él fuera a mi casa, no quería que tocara mis cosas, no lo quería cerca de mis padres.



—Oh... tú me hablas del otros lugar —me dijo—, Daisy Lane #623. Podría llevarte ahí, pero les dirías que te lastimé...

—No, yo no diré nada..., yo...

—¡Estoy hablando! —increpó enojado y me golpeó de nuevo. Dolió más la segunda vez—. Cuando hablan los adultos, las niñas buenas se quedan calladas. ¿No puedes quedarte callada?

Asentí con la cabeza.

—Mucho mejor —me dijo complacido—. Ahora no puedo llevarte a Daisy Lane, a menos que quieras que todos los que viven ahí se mueran, porque eso es lo que va a pasar si vamos. ¿Quieres que eso suceda? ¿Eh? —se agachó y me apretó la quijada. En ese entonces, mi cara cabía en su mano por completo, como si yo fuera nada—. ¿Qué clase de niña eres?

El asco se notaba en su voz y, como no respondía, añadió:

—Ya veo —sacudió la cabeza y añadió—. Creo que iremos entonces.

—No, no, por favor, iré contigo —dije lo que esperaba, por primera vez.

—¿Vendrás a casa conmigo?

—Sí, iré a casa —accedí por completo y fue ahí cuando supe que nunca volvería a casa. Desde entonces "casa" es sólo una palabra que no significa nada para mí.

Entonces entendí lo que es la pérdida, y desde entonces sé que se siente como la muerte.

Ahí morí y nació Alice. La niña de "había una vez..." desapareció. Se convirtió en un cuento, uno que ya casi he olvidado por completo, porque murió hace mucho tiempo.



54

Transcrito por LizC

Ray casi nunca está de buenas. Cualquiera podría pensar que lo está. Él afirma que yo lo hago feliz, pero no es así: siempre hago algo mal finalmente.

Por ahora está feliz y compra pollo en un lugar de comida rápida. Me deja en la camioneta, silbando a su ritmo, relajadamente, en tanto regresa, agitando las llaves del carro, con dos bolsas llenas de carne y sal y pan en los brazos, y un pollo calentito, suave, de olor agradable.

—Ya son más de las cinco —me informa, mirando su reloj al subir al carro, mientras frunce el ceño y le quita las gotitas de mi sangre. Usa el trapo que siempre lleva. Siempre ha dicho que los gérmenes son malos, según le enseñó su madre, y él está lleno de ellos, el mundo está lleno de ellos. Por eso él nunca quiere que me enferme. Y se pone a comer su pollo.

—Toma —dice, poniendo una galleta en mi rodilla. No puedo tomarla con la mano derecha y él está agarrando mi mano izquierda. Al verlo, se burla, ríe fuertemente y hace una mueca.

Estoy asustada. Pensé que conocía el miedo, que vivía dentro de él, que lo respiraba todos los días; pero esto es el terror, su risa y el solo pensar qué hará cuando lo ayude a llevarse a Anabel, para luego matarme... Va a matar a todos los que vivían con la niña que yo era.

Él sabe que lo sé. Antes no lo había visto claramente, pero lo puedo ver ahora. Él sabe, y yo sé, que mi muerte está cerca, y me mantiene con él porque le gusta. Disfruta viéndome esperarla.

Me agacho a comerme la galleta, un pedacito antes de que se me caiga al piso. Ray insiste:

—Eres como esa policía, esa vaca gorda que comía dulces mientras caminábamos hacia su auto. Las mujeres no deberían comer dulces: las engordan y sus lonjas son horribles. A mi madre se le mecían todo el tiempo. Apuesto que a esa policía también le pasa, ja, y le aseguré que le hablaría. Me dio su teléfono y, cuando me



preguntó por ti, le comenté que necesitabas a alguien que te cuidara y que esperaba que quien lo hiciera fuera bueno contigo.

Se ríe de nuevo y muerde un trozo de pollo, arrancando la carne con los dientes, hasta llegar al hueso.



55

Transcrito por Emii Gregori

Las 5:40.

Ya estamos cerca del parque. Ray termina su pollo, se limpia las manos y empuja mi cara hacia su regazo de nuevo. Luego cambia de opinión y me voltea, me dobla como se le antoja, mi cabeza golpea la puerta, mientras él se empuja dentro de mí y gruñe. Yo quedo idiotizada.

—Recuerda a quién le perteneces —lo de siempre—. Recuerda que eres mi niña.

Asiento con la cabeza y me jala el cabello, que se me ha atorado en la espalda, atrapada por él cuando me acomoda.

—Ahí —gime satisfecho—, así se siente mejor.

Y así es. Ahora no siento mis cabellos jalarse y romperse. Mi cabeza se nubla de nuevo: una, dos, tres veces, y luego él suspira exhausto. Flexiona sus dedos en mi hombro, oh, el dolor, un grito silencioso por todo mi cuerpo, dentro de mí.

Por mi rostro corren lágrimas, no puedo evitarlo, y él las lame una por una: succiona de mí cada cosa que puede.



56

Transcrito por luchita_c

Ray y yo vivimos en el poblado de Cedar Hills, está en los mapas. Una vez lo vi en un programa de televisión que lo mostraba en convenciones y desayunos escolares. Me gustaba ver a las niñitas comiendo. Es un pueblo lindo, con buenas escuelas y baja criminalidad. Si lo conocieras, te gustaría. Los turistas vienen a visitar la casa de campo de un hombre que escribió una especie de tratado, y una compañía que hace teléfonos caros y pequeños como los que se ven en televisión. Hay tantas nuevas casas que los pueblos del alrededor parecen pueblos fantasma, donde sólo quedan los esqueletos de las casas a medio destruir, esperando a que las terminen y lleguen familias a vivir en ellas.

—Ahora sí, estamos listos —afirma y me levanta de un tirón, mientras me amarra con el cinturón de seguridad. Ray siempre insiste en usar el cinturón de seguridad. Ray siempre insiste en usar el cinturón de su camioneta. Dice que es importante ser cuidadoso y que a veces no basta, por lo que pueden hacer los otros conductores en la carretera. Dice que es mejor prevenir que lamentar.

Es raro cómo el tiempo se ha vuelto tan lento: cada minuto parece arrastrarse. Pensé que todo terminaría rápido..., y he pensado en eso todos los días, durante cinco años, desde que se me acercó como un padre que rodea con el brazo a un niño, y susurró lo que pasaría si decía una sola palabra, si trataba de huir, si hablaba.

Me aseguré que lo lamentaría, que moriría, que todos morirían, y que él siempre cumple su palabra.

—¿Puedes...? —le pregunté, mientras mi cabeza daba vueltas y mi hombro punzaba suavemente, con un poco menos de dolor, mientras todo se hacía más pesado, mientras me apretaba más la camisa, con las casas fantasma a nuestro alrededor.

—¿Puedo... qué?

—Sólo hazlo ahora, hazlo ya —le supliqué—. Sólo mátame. Llévame a una de esas casas abandonadas, agarra el cuchillo, los cerillos y...



Él se acerca y me besa en la mejilla.

—No, mi amor, tú haces lo que yo te diga —me aclara. Luego, me abofetea tan fuerte que algo hace crack: siento los dientes aflojarse y volar por todos lados—. Me tienes que cumplir tu promesa —me advierte—. Tú haces lo que yo te diga. Recuerda a quién le perteneces...

—A ti... —le contesto—, a ti... —Mientras trago la sangre de mi boca. Está tibia y salada.

—Mía —me dice tiernamente, y silba relajado mientras nos alejamos.



57

Transcrito por luchita_c

Las 5:50.

Ray me explica lo que tengo que hacer: iré al parque. Me encontraré con Jake. Le haré lo que me pida. Me da una pastilla especial, morada. Quiere que se la dé, para que se la tome. Me tengo que asegurar de que lo haga. Esperaré hasta que caiga desmayado, con los ojos bien cerrados.

Luego, iré hacia donde esté Anabel. Si hay más niños alrededor, me detendré.

—Los habrá —me explica Ray—. En una noche como ésta, ¿quién no querría salir a jugar?

Voy a aparentar que me amarro las agujetas, como señal para que Ray venga y les diga a todos que el parque va a cerrar temprano: “Ustedes disculpen, son nuevas reglas, hay que pintar algunas cosas, como la estatua del fondo, así que tienen que salirse. Vayan con sus padres. Vayan a casa.”

Anabel irá a buscar a Jake, pero se va a encontrar conmigo.

Entonces, Ray vendrá por nosotras:

—De allí, al coche del chico —agrega riéndose—. Sé lo que estas pensando... —se burla diciéndolo con un sonsonete, como los niños que empujan a otros más chicos y los aplastan contra el suelo—. Verás, tú te vas cuando yo diga —me dice—. Tú te vas conmigo. No te vas a quedar sola con ese chico en su auto —se carcajea de nuevo—. Yo creo que va a ser bueno para Anabel ver lo que pasa con su hermano, para que vaya aprendiendo lo que pasa cuando no escuchas. Ojalá lo hubiera hecho así contigo. Después de eso: nuestro viaje a Daisy Lane... —claro, no lo he olvidado—, pero ella aprenderá lo que debe hacer. Aprenderá a ser buena.

—Voy a correr —interrumpo en voz baja. Las palabras pesan en mi boca y Ray me mira como si nunca antes me hubiera visto, como si fuera alguien... algo... nuevo.

Luego se ríe y me da una palmada en la cara, no una cachetada, una simple palmada, suave y cariñosa, con su mano caliente frotando mi cara.



—No —me dice—, no lo harás.

Y tiene razón. No lo haré. No porque no quiera, sino porque no puedo; porque mi camiseta pesa demasiado sobre mi piel y me siento extraña, hirviendo, como si flotara, extrañamente somnolienta. La oscuridad se impone frente a mí, como cuando Ray se me echa encima por las noches.

Lo inevitable.

Así es la noche. Así es Ray. Y yo soy nadie frente a cualquiera de ellos. Frente a él. Nunca he sido nada.

Pequeña Alice, toda hueca, tan fácil de aplastar, de destrozar en millones de pedazos.



58

Transcrito por luchita_c

Me he roto y pegado los trozos cada vez que nada sale bien. Nada está donde debería estar. Siento una fuerte punzada en el hombro: es ahí donde ahora late mi corazón.

¿Lo sientes? Pum-pum, un latido; pum-pum, dos latidos.

—Ahora —advierete Ray—, ahora.



59

Transcrito por luchita_c

—Es ahora —repite, y se inclina frente a mí, desamarrando el cinturón de seguridad y abriendo la puerta.

Son las 6:02.

Me empuja hacia fuera.

No me caigo. Me caí tan fuerte, hace tanto tiempo, que ya no tengo en dónde caer. Sólo sigo cayendo y cayendo y cayendo.

El hombro palpita mientras camino y sigo cayendo, rumbo al parque, donde están los coches, no donde están los columpios o las resbaladillas.

Voy hacia el coche de Jake, está vacío. Me asomo por la ventana, intento abrir la puerta. Se abre, huele a él, a tristeza y montones de pastillas. Me asomo adentro. La cabeza me da vueltas, estoy peor que mareada: el mundo tiembla, gira, se funde en la oscuridad, luego me jala. Mi playera está goteando en su asiento: plop-plop-plop, sangre, como lágrimas, porque nada sirve para nada, excepto para hacer a Ray feliz o triste; con él nunca sabes de qué humor está, y yo que pensaba que podía adivinarlo: saber qué quería, pero nunca atinaba.

Al final, la sangre y las lágrimas se parecen en algo: las dos se acaban. Ninguna de las dos gotea para siempre. Uno seguirá. Yo lo hice, lo sigo haciendo: me levanto, pasa el día, Ray llega, hora de ir a la cama, dormir, despertar y hacerlo todo igual, de nuevo, como cuando rezas en la iglesia.

Un mundo interminable.

Amén.



60

Transcrito por luchita_c

Volteo hacia el parque. Jake probablemente está ahí, esperando entre los arbustos o detrás del árbol. Volteo pensando que él hará algo. Sin embargo, sólo estará allí: observador desorbitado a quien Ray aplastará cuando lo encuentre.

Es difícil ver en la oscuridad. Las luces se desvanecen a lo lejos. Le doy vuelta a la esquina, la de la izquierda, en la que comienza el parque. El pasto es verde en el día, pero ahora parece tinta negra que refleja la noche.

Ahí está Anabel. Se pone las manos en las caderas, como niña grande, con la cabeza inclinada hacia un lado. Yo nunca, nunca fui tan joven.

Espero a que ella mueva su ficha, a que pregunte dónde está su hermano y suspire, como hacen los niños del edificio: "¿Dónde está mi hermano, dónde está mi hermana? ¿Dónde están Glenda/María/Shanda/Levonda/Najari/Tedana?"

Ray a veces los mira a hurtadillas, por la ventana, mientras yo estoy hincada entre sus piernas. Él murmura lo que le gustaría hacerles, lo que les enseñaría, el bien que les haría.

Sin embargo, ella sólo me dice:

—¡Estás sangrando!



61

Transcrito por luchita_c

Ahí está de pie, con pants negros, camiseta blanca y tenis anaranjados. Su agujeta izquierda está desamarrada. Frunce la boca como un adulto, como la mujer que nunca será. Ray no la dejará crecer, no en este mundo.

—Nunca crezcas —me decía por las noches—, nunca. Quédate como estás, Alice. Jura que nunca cambiarás. ¡Júralo! Bien, muy bien.

Anabel se queda allí, mirando. Puedo imaginarla en cinco años, vaciada por completo: ojos huecos, una cosa encogida, enjuta; no una niña, pero tampoco algo más. No estará nada bien, pero no vas a mirarla, ¿o sí?

No. Te darás la media vuelta. Siempre le darás la espalda. Todos afirman que quieren ayudar, pero en realidad, nadie lo hace. “El siempre fue tan bueno...”, hablan en la tele del criminal que era su vecino. “Era tan callado...”; Nunca pensamos que hubiera algo extraño en él”.

“¿La niña? Nosotros creíamos que era su hija. Él nos dijo que estaba enferma, que estaba tratando de conseguirle ayuda...”; “Él parecía ser tan... bueno, tan normal...”; “Ella nunca dijo nada. ¿Por qué nunca dijo nada? Eso era todo lo que tenía que hacer...”



62

Transcrito por luchita_c

—Corre —le susurro, y ella se queda parpadeando. No se mueve.

“Sólo una palabra...”, dicen, pero nadie escucha. Pude haber gritado un millón de veces con un millón de voces y nadie me hubiera escuchado una sola. Lo hice, cada vez que salí del departamento, con cada paso que daba por el mundo.

Todo ese llanto y nunca me escucharon.

Finalmente hablé, hablo, y nadie escucha. Incluyendo a ella.

La mano de Ray está en su brazo. Ya está aquí. ¡Escuchó lo que dije! Los ojos de la niña se dilatan, pero ya es demasiado tarde.

La miro, veo cómo descubre lo que pronto será todo su mundo.



63

Transcrito por luchita_c

Ella grita.

Yo no. Yo ni siquiera lo pensé. Tan estúpida, tan asustada, tan lenta que estaba en el acuario. Había adultos por todos lados. Mis maestros y mis amigos estaban ahí. Se acercaba mi cumpleaños. Tenía un nuevo brillo para labios y la gorra que llevaba me quedaba muy grande, incluso con todo mi cabello recogido dentro de ella, y luego...

Luego, demasiado tarde, grité y nadie acudió. Grité y nadie escuchó, excepto Ray y dijo:

—Oh, no; oh, no..., no lo hagas —como si fuera a parar de lastimarme, pero lo siguió haciendo y me mostró sus encías, sus amarillentos dientes afilados masticándome a pedazos hasta el hueso.

Ella grita y Ray la sacude fuertemente hacia atrás y adelante. Su voz se corta de miedo. Nadie le había hecho algo así antes, nunca la han lastimado. Nadie le ha mostrado lo que es herir a alguien.

—Déjala ir... —Jake, desde los arbustos, justo como pensé. Con sus ojos floreados bien abiertos, su voz escurridiza y una pistola en la mano.



64

Transcrito por luchita_c

Ray se ríe a carcajadas, su verdadera risa, con esa mueca; la carcajada aguda hace que se me enchine la piel y hace que me haga pequeñita. Jake parpadea, lento, impresionado. Éste es un sueño, éste es el sueño en el que él es el héroe y frunce el ceño extrañado. Los malos no tienen por qué reírse. Los malos deberían asustarse.

Ve todo esto, ve sus pensamientos. Y Ray le arrebató la pistola de la mano y le tuerce el brazo. Golpea a Jake en la quijada, en la nariz y en toda la cara.

Jake cae al piso. Tiene los ojos abiertos.

—¿Lucy? —pregunta—. ¿Lucy? —Y Anabel comienza a llorar, intenta zafarse de Ray. Ray pisa la mano de Jake, moliéndole los huesos. Jake da un aullido. Anabel abre los ojos, viendo a todas partes y a ninguna.

Ella me mira fijamente y siento que mi corazón late, pesadamente, en el pecho, lento, muy lento. Me mira, realmente me mira: la muerte en vida que mira su destino.

—¡Vamos! —exclama Ray en voz baja. Hay algo en su voz que nunca había escuchado: un tono extraño e incierto, y abro la boca y grito:

—¡Corre! —por ella, por mí...—. ¡Coorreee...!

Ella lo hace. La pequeña se escabulle por los arbustos, rápidamente. Ray comienza a echar maldiciones. Me agarra del hombro, sin juegos; me jalonea, me voltea frente a él, como si estuviéramos bailando; colmillo en la carne, diente en la piel, y el mundo ruge, sacudiéndose, como cuando el cielo retumba y comienza la tormenta. Mi estómago se revuelve, como si se abriera por dentro, y quema, como debe quemar el rayo. Mi cuerpo revienta más fuerte que nunca.

—Maldita perra —me amenaza Ray. Mi voz está hueca, sin sonido, y mi muerte está en sus ojos. El mundo vuelve a rugir. Sus dedos se hunden en mí cuando, al rebotarle la cabeza hacia atrás, una flor roja sale de su ojo, hacia fuera, embarrándose, llevándome en su caída, piel, sangre y huesos en mí, en todo mi cuerpo, dentro de mí.



—Alice... —me dice una vez y otra—. ¿Alice?

Luego se calla, cae con todo su peso sobre mí, apretándome contra el suelo, donde todo termina. Donde todos terminaremos un día. Muerte que da vida.

—Lo hice —balbucea Jake, con su rostro extraño y lejano, yendo hacia mí—. Lo hice, en dos disparos, pero lo hice. ¿Dónde carajos está mi teléfono? Tengo que llamar a la policía, a mis papás, a Todd... ¿Lucy? ¿Dónde estás?

Quiero quitarme a Ray de encima, pero no puedo moverme, está muerto, Se ha ido. El dolor en mi estómago arde más que el de mi hombro: es más profundo.

Cuando Jake dice mi nombre, con el teléfono al oído, embarrado de algo que parece derretirse, me toca un costado y levanta los dedos oscuros como la noche.

—¡Oh, no! —exclama—. ¡Oh, no, no, no...! —y añade algo más al teléfono—. Apúrense, intenté detenerlo, pero ella se movió o algo. Ella estaba con él.

Sí, yo estaba con él. Diez años apenas y ya estaba en su auto, diciendo que sí, que iría con él.

—Dilo... ¡Muy bien!

No tengo que cerrar los ojos. El sueño viene a mí. Estoy tan cansada. Todo es tan extraño, tan lento, tan callado, y a Lucy..., se llama Lucy, a ella nunca más le dirán "Anabel". Nunca olvidará que Lucy es su nombre. Podrá conservarlo.

Lucy se arrodilla junto a mí. Escurre su pequeña mano en la mía. Sus deditos tibios se mueven.

—Kyla —susurré, y la oscuridad me inundó—. Mi nombre es Kyla Davis y vivo en Daisy Lane #623. ¿Me puede llevar a casa por favor? ¿Por favor?

—Sí —me dijo Ray, pero nunca lo hizo. Se quedó conmigo, y siguió quedándose conmigo, pero ahora...

No recuerdo haber dormido sin él a mi lado, con su gran peso encima de mí, pero ahora no lo siento. La mano de Lucy es como un fantasma y su vocecita me pregunta:

—¿Qué...? ¿Qué dijiste?



65

Transcrito por luchita_c

—Soy libre.

Fin



Sobre la autora

Elizabeth Scott nació y creció en un pequeño pueblo al sur de Virginia, donde sus padres eran ambos profesores de la escuela local.

Luego de graduarse de la escuela se fue a la universidad con deseos de salir de ese pequeño pueblo y tener una gran carrera. Se graduó en estudios europeos y trabajó como editora hasta secretaria.

Luego descubrió su pasión por escribir libros juveniles, y a lo largo de los años ha escrito una gran cantidad de estos libros.

Es una de las más exitosas autoras de novelas para jóvenes en la actualidad. Miles de seguidores de esta autora han disfrutado de sus obras:



- ✿ Something, maybe
- ✿ Love You Hate You Miss You
- ✿ Bloom
- ✿ Perfect You
- ✿ The Unwritten Rule
- ✿ Stealing Heaven
- ✿ Grace
- ✿ Between Here and Forever



Transcrito y Diseñado
en
Purple Rose

!!!Te esperamos!!!